

VIDA

ESCRITOS

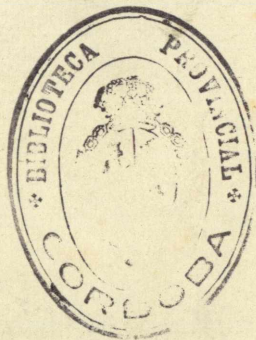
VARIOS

3





Ms-66



~ Torno 3º ~

Contiene este volumen

Carta 1ª	folº	2
id 2ª	"	6
id 3ª	"	10
id 4ª	"	14
id 5ª	"	19 vto
id 6ª	"	23
Notas	"	32
Consejas Cordobesas &c		34
Prologo 4 palabras al P.º Cronica		35
Ex-palacio, convento y piano de S. Martin		37 vto
Etimologia de Cordoba		48
Recuerdos de Gongora		55 vto
Los Bienes Gananciales		69
El San Rafael de Castillo		86

(.) a Ternan Caballero.

Carta nº
El por que de algunas
cosas
de
Sevilla.



Carras
à
Fernan Caballero.

Et per die de agnitas

coras

de

Sevilla.

Cartas

a

Sevilla. Cartas.



Carta 8ª

Si el estilo es el rugoso, vos, mi querido
Fernán, a' quien solo por el estilo cono-
co, debéis tener un corazón cuyas fibras
de seguro vibrarán al par que las del
mío, cuando suenan las voces de religion
y patria, expresion de dos ideas madres
de todo lo santo y grande que la mente
concibe y la voluntad ejecuta.

Yo, como vos, soy pintor; solo, que yo
lo soy de brocha gorda; amo con pasión
el arte; pero el cielo no ha querido darme

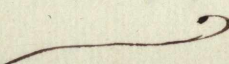
mi inspiracion para crear, mi habilidad
para ejecutar esas copias magistrates que vos
haceis, y en cuyos originales no reparamos
hasta que al mirar esos cuadros que co-
loran vuestra brillante dicción y anima y
entonca la fé y las virtudes de vuestra alma,
volvemos descreidos la vista á nuestro der-
redor y hallamos con sorpresa, que habeis
retratado sujetos que hemos mirado y
hablado todos los dias, y solo visto y cono-
cidos en vuestras obras.

Desgraciadamente para mí, ami-
cuando hubiera esa gran habilidad que de
todas veras os envidio, es muy posible que no la

empleara en retratar nuestras costum-
bres actuales, porque si bien es cierto que
enaltecen nuestra sociedad honrando el con-
cepto de nuestra patria en el extranjero, y en
memoria para otra edad, tambien lo es que
la presente generacion, superficial en todo,
al mirarse tan bella en el espejo que la
presenta, llena de orgullo puede, como la
mayor parte de las hermosas, olvidar
que su merito lo debe a Dios y no a su
voluntad. Desgraciadamente, repito, lo pre-
sente no me satisface, y como el porvenir
me amusta, busco el mundo que deseo en
el mundo que pasó. Por eso yo que, como he

dicho, amo con pasión el arte, pero que
reconozco mi insuficiencia para ejercer-
lo, me entretenia en Córdoba, mi patria,
en rebuscar en el espigado campo de su his-
toria, cuadros viejos que solo me permitian
lavar y presentar al pueblo sin mas objeto
que darle a conocer lo que habia visto.

Nuevo en la hermosa capital de
Andalucía; desconocido en esta reina del sa-
ber entre el innumerable ejército de sus lite-
ratos y poetas; en una ciudad donde es ge-
neral el instinto de lo bello y el amor al
estudio, yo no pretendo ni presumo que
podré hallar ni presentar nada nuevo



respecto a un brillantísima historia, donde
hay localistas de tanto mérito como el Sr.
Velazquez y Sanchez, tan laboristas como el
Sr. Gomez Arce. Mi idea no es decir nada
nuevo, porque no es posible: mi intencion
solo es recordar el porqué de algunas de
las cosas que todos los días presenciarnos, y
cuyo origen ha olvidado la generalidad.

Y como sé lo aficionado que sois, mi
querido Fernan, á esas tradiciones populares
y esas que algunos llaman antiguallas,
pero de las cuales tan provechosa enseñan-
za puede sacarse á veces, yo, que quiero
ser vuestro amigo, me valgo de este

medio de conocimiento, y si á mal no
lo tomáis, los días 13 de cada mes ó quin-
zós cada martes os remitiré el por qué de
una cosa que podéis permitir ó no que
se publique.

Pero diréis tal vez, y por qué ha de
ser el 13 ó el martes y no otro día? Por que
yo, que soy antiagorero, tengo el capricho
de hacerlo solo en día y número fatídico.

R. de Vidal.

Sevilla.-1857.

Carta 2ª

Por qué no hay bancos en la Catedral de Sevilla.

Supuesto que habeis admitido con vuestra natural benevolencia, mi querido Fernan, el proyecto de mis cartas, necesario es emperar esta medio correspondencia, y me parece que ningun porque es mas propio y oportuno para comienzo de ella, que la contestacion á una pregunta que de seguro no deja de hacerse ningun de los de esa innumerable muchedumbre

de propios y extraños que visitan nuestra
Basílica. ¿Por qué no hay asientos en
la Catedral?

Esta pregunta, que también me
hice yo la primera vez que pisé el recinto de
ese templo, cuya magestad y grandera de-
muestran la realización del último esfuer-
zo de la voluntad del hombre, para hacer
una cosa digna del Ser a quien lo dedicó;
esa pregunta que volví a repetirme, cuan-
do hace algunos años leí en un periódico
una crítica acerba contra un individuo
del clero catedral que había indicado á
una dama que en la Patriarcal Iglesia

no podían tolerarse sillas, que en los demás
templos se permiten, estimulando mi
curiosidad, me hizo dedicarme a investigar
e inquirir el origen de una costumbre, en
ya razón, por entonces, nadie supo dar-
me.

La inutilidad de mis esfuerzos
no me desanimó; yo sabía que la Iglesia Ro-
mana hace sin especial razón y avivó mi curio-
sidad el leer, que antes y durante la pri-
mera mitad del pasado siglo, la Catedral
y especialmente el crucero estaba poblado
de multitud de bancos de piedra, que
muchas veces en los sombríos rincones

eran lugares de citas hasta edifican-
tes, pero que la costumbre hacia mirar
con indiferencia no creyéndolo profanacion,
de la misma manera que nuestra cul-
ta sociedad convierte en paseo público el
santo lugar de la oracion y reconocimiento
interin escucha las melodias del Miserere
de Esclava.

¡ Cuán triste y desconsoladora es la idea,
mi querido Fernan, cuanto humilla la or-
gullosa raison del hombre la consideracion
de que, esclavos de nuestras pasiones e in-
tereres necesitamos para recordar el deber,
sentir el latigo de la autoridad o el asote

de la Providencia! La desaparición de aquellos bancos está ligada con el recuerdo de una catástrofe que inundó de lagrimas la Europa, y la cubrió de ruinas.

Corría el último tercio del año 1755 y era la mañana del día 1.º de Noviembre en que el pueblo cristiano celebra la fiesta de todos los Santos, en la que la Iglesia Patriarcal despliega el lujo y magnificencia de sus ritos de primera clase, é inútil es decir, que sus estensos ámbitos se miraba encluidos por esa multitud que nunca se cansa de admirar sus pompas. Acababan de dar las diez: el órgano, los

instrumentos y las voces de la capilla, entonaban los Kiries de la misma conventual que se decía, cuando de repente y al pronto sin acertar nadie la causa, cesó aquel torrente de armonías, que fue sustituido por un silencio sepulcral, en medio del que se percibió claro y distinto, hacia la parte de Poniente, un ruido pavoroso como el rodar de los trenes de artillería, esas carrozas de triunfo en que la muerte pasea los campos de batallas.

luego, ó por mejor decir, simultáneamente, pareció como que la tierra huía bajo las plantas de los que llenaban el

templo: gimio el coloso de granito al
 conmoverse sus cimientos, y las figan-
 tescas palmeras de piedra que lo sos-
 tienen, al mecer sus macisas copas,
 sacudiendo el barandaje, agujas y
 pirámides, que exteriormente lo ador-
 nan, cayeron sobre las bóvedas con
 un estrepito igual á la descarga de
 una batería de brecha.

Misericordia, Señor, mi-
 sericordia, pronunciaron todos los lá-
 bios con angustia; Confesion, dijeron
 á grandes voces los de conciencia in-
 tranquila, y presa todos del miedo,

con el delirio del espanto, sin
cuidar mas que de si, abandonán-
se padres, hijos, esposos y hermanos,
lanzáronse a las puertas en tumulto
y se derramaron por los alrededores,
aumentandose su terror con,
el incessante bambolear de los edificios,
las nubes de polvo y la lluvia de
fragmentos que se despedían de ellos.

Y sin embargo, en medio del trastor-
no de la naturaleza, cuando la tier-
ra temblaba quizás al solo impulso
de una mirada severa, del Señor, el
sordo mugir del terremoto repetía á

los corazones justos las palabras de la bondad eterna: "Yo no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva." Y así lo demostraba su misericordia infinita, pues la muerte que á tantos amagaba, solo ejerció su poder en dos parvulos, uno ahogado por la multitud en el bullicio de una puerta de salida, y otro á quien mató un badrillo en gradas, de las que se desprendian de las azoteas.

Siento mi querido Fernan, que las dimensiones de "El Círculo"

me obliguen a suspender el relato apenas empezado; mas no importa, supuesto que este "porque" deberá ocupar muchas mas cartas.

R. de Vida.

Sevilla = 1867. =

Continuacion.

Carta 3ª

Por que no hay bancos en la Catedral de Sevilla.

Varias veces he oido contar, y es un error, muy comun en Sevilla, el creer que el triunfo que en la plaza de su nombre se eleva, fue erigido donde concluyó el emperado sacrificio, lo cual no es cierto.

Suponen que presa del comun espanto, los sacerdotes que oficiaban huyeron

tambien, y que en el sitio donde hoy
se alza el modesto monumento, se
terminó la misa; no, repetimos, no es
cierto que sucediera así. La religion
que encarga el santo temor de la muer-
te, tambien enseña a' despreciar la
vida y sacrificarla en aras del deber:
el cristianismo es la religion de los
valientes, por mas que anatematice a'
los rememarios.

Hay escenas, amigo Fernan, que
ya conocereis que, no digo á mi desper-
güada pluma, sino á otras mejor cor-
tadas, les es imposible describir. En

medio del general trastorno, en que nadie pensaba mas que en su amenazada existencia, y en que todos veian la guadaña de la muerte no levantada, sino cayendo ya con irresistible empuje; cuando la espesa nube de polvo que llenaba el templo no permitia ver lo que sucedia en él y sobre las bóvedas sonaba el continuado derrumbe de las elevadas pirámides que no hemos conocido, porque no volvieron á alzarse; cuando, en fin, no parecia sino que el Angel del Apocalipsis habia ya vertido su incensario y pulverizaba con su planta la profanada casa del Señor, en-

tonces el ministro del Santuario cuya
Conciencia estaba preparada como para el ac-
to mas augusto del sacerdocio, clavado por el
deber ante el altar, permanecia firme en
su puesto como las rocas en medio de las
olas y el vendabal, continuando, aunque
serado, por no haber quien le respondiera,
el Santo Sacrificio, hasta su terminacion;
abriendo despues el Sagrario, y entonan-
do el Te-Deum acompañado de otros
cuatro capitulares que habian perma-
necido en sus sillas.

Vos, Fernan, que llevais tanto tiempo
de escritor, sabeis cuanto cuesta el partici-

par á los demas nuestros pensamientos, y
los sinsabores que proporcionan las disci-
plinas de los maestros, los mordiscos de
los avieros, las coces de los ignorantes, y
lo que punzan los alfileres con que algunos
amigos clavan en la misma carne, el cartel
de sus alabanzas. Pero vos sabeis tambien,
que el recuerdo de esos sinsabores desa-
parece en los momentos de inefable dicha
que siente el corazon que ama lo grande,
justo y bello, quando se saca de la tumba
el nombre de un valiente, sabio, virtuoso,
ó artista, ya olvidado, y aun quando no
sea mas que como un relámpago, se hace

brillar el recuerdo de un hombre que debe
imitarse, o la accion digna de alabanza; y
yo siento en este momento, mi querido
amigo, un placer, al publicar el nombre
del Sacerdote cristiano que firme en su
puerto, espero la muerte sin separarse del
altar, muerte sin espectadores y más he-
roica, que la que se arrostra viendo en
contaminanza los empleos, las condecoracio-
nes y la gloria.

Aquel digno ministro del Dios de
bondad que quiso humanarse y morir
para enseñarnos la abnegacion y el sacrifi-
cio, se llamaba el Doctor D. Pedro Man-

el de Cespedes y era canónigo dignidad
de tesorero de la Patriarcal Iglesia. La
memoria de que tomamos estos apuntes,
escrita por acuerdo del Cabildo, en los
minutos días del suceso, no mencio-
na los nombres de los cuatro capitula-
res que permanecieron en el coro.

Necesario es aquí tomar respiro: mi
brocha no es vuestro incansable pincel,
amigo Fernán, y las escenas que tengo
que pintar para venir al por qué no hay
asientos en la Catedral, necesitan mas
tiempo del que yo dispongo, mas espacio
que el que el amable director de "El Ce-

81
soro" muer presta, y sobre todo, los consejos
de vuestra experiencia, para que el cua-
dro agrade al público, no por su ef-
ficion, sino por el colorido de vuestra
inimitable escuela.

R. de Vida.

Sevilla-1867.=

Continuacion.

Carta 4.^a

Por qué no hay bancos en la Catedral de Sev.^a

Como recordareis, mi querido Fernan,
mi carta anterior fué interrumpida en
el instante en que descrito lo ocurrido en
el interior del templo, debia pintaros las
escenas que fuera de él tenian lugar.

Lanzada la multitud de la Ba-
slica, como quiera que el movimiento ^{no} habia

12
cesado y el bamboles de los edificios
continuaba, el instinto, mas que la reflec-
sion, fue apinando la concurrencia en la
plaza de la louja, sitio el mas despejado
de las cercanias, y donde por consiguien-
te, habia menos peligro y temor al desplom-
me de los edificios. Pero no acudian alli to-
dos los que habian abandonado el santua-
rio; gran porcion de ellos, atonitos, o como
vulgarmente se dice, atortolados, andaban
de aqui para alli sin saber lo que les
pasaba; unicamente cuando la vista de
un sacerdote les despertaba el recuerdo del
inas alta de la muerte, ese recuerdo alzan

dese potente, se apoderaba de las concien-
cias, y como el mundo parecia llegado á
su fin, sin dar lugar á esperas, corrian
tras del ministro del Señor, lo detenia-
n, y de rodillas confesando sus culpas en tu-
multo, les pedia la absolucion de ellas.

¡Cuán impoventes, y al mismo tiempo
que consoladoras ideas se despertan á la
consideracion de los grupos acorazados
que en aquella tribulacion suprema,
en medio del terremoto, era manifestacion
terrible del poder de la divinidad, contra
la cual la orgullosa inteligencia huma-
na, no tiene ni antidoto, ni preventivo, bus-

caban a los pies del ministro de Dios, no la vida que todos creían ya perdida, sino la salvación del alma. Cuan grande se eleva en mi mente la figura del sacerdote Cristiano, cuya diestra al trazar en los aires el santo signo de la redención sobre las inclinadas cabezas, llevaba a los corazones llenos de angustia, el último consuelo de la religion Divina que tiene una esperanza de salud para cada dolor del hombre.

He dicho que en la plaza del Triunfo se habia reunido y apretado en su centro, la mayor parte del pueblo salido de la Cate-

dral, y allí fueron pareciendo y agrupándose los individuos del disperso Cabildo, cuyos ojos arrasados de lagrimas, miraban al parecer destruido, el fruto de los cuarenta y dos años de privaciones, que sus gloriosos predecesores habian pasado en comunidad, dedicando sus rentas a levantar aquella maravilla, cuyo pensamiento habia arrancado a su fervor, la sabida frase: "Hagamos una Iglesia, tal y tan grande, que los que la miren acabada, nos tengan por locos."

El pueblo tambien llorando, contemplaba el estado del mas gallardo de los al-

minares moros, de la mas esbelta de las
torres cristianas, de su querida "Iralda",
ese legitimo orgullo de la ciudad Hispa-
lense, que cuarteada, y desprendidos gran nú-
mero de sus sillares, solo las manos de Jus-
ta y Rufina parecian sostenerla. Hasta
la coloral figura de bronce que la corona,
ladeando el perno de hierro sobre que gira,
se habia quedado medio tumbada hacia
la parte del templo, y parecia el genio de
las ruinas contemplando tanta desolacion.

Congregado el Cabildo en mitad de la
plaza, su presidente el Sr. Chantre, Provi-
sor de Sede vacante, D. Fran^{co} José de Ota-

zabal y Olazola, dispuso se erigiese un
altar portátil delante de las cadenas del
Consejo, en ese mismo sitio donde hoy
se alza el modesto triunfo que da nombre
á la plaza, y en él dijo misa repada el ca-
pellán de coro D. Andrés de Castro, único
que á tan avanzada hora se encontraba
en disposición de ejecutarlos. Luego el señor
Chantre de capa pluvial, entonó el Te-
-Deum, ese magnífico canto, mas grande
cuanto con mas sencillez se expresa, y que
allí brotando del agradecido corazón, la
voz del pueblo lo elevaba al cielo, voz mas
potente y armoniosa en medio de su discor-

71
dancia, que la de todos los órganos de
la cristiandad reunidos, para dar gracias
oficiales al Dios de las batallas. Despues se
canto de pie la hora Sexta, y se dispuso
reunirse por la tarde en el mismo sitio,
tocando para ello las campanas del Sagra-
rio, pues las de la torre no se podia con-
tar con ellas.

Y Interin los anteriores actos, la Dipu-
tacion del consulado habia salido a ofecer
al Cabildo su edificio, y aceptado, reuni-
dos en una de sus salas, se trato de elejir
el sitio donde habia de llevarse el Santis-
imo Sacramento y Atra. Señora de la Sede;

porque según las noticias que iban llegando, no había templo en Sevilla que ofreciera seguridad bastante. Suponían entonces que la Patriarcal no había quedado del todo abandonada, que el digno sacerdote que oficiaba y otros cuatro canónigos habían permanecido en su puesto de honor, y que quizás sus manos elevadas al cielo en medio del general trastorno, habían impedido el completo desplome de sus veneradas bóvedas. Entonces bajo la impresión primera de aquellas noticias: « Señores, dijo el presidente, empujando ahora la reflexión exponiéndonos al riesgo, la fuga

Continuacion.

Carta 5.^a

Por qué no hay bancos en la Catedral de Sev.^a

Mi querido Fernán; Si mi memoria no es infiel, creo que suspendí mi carta anterior en el momento en que el Cabildo, bajo la presión é influjo de las palabras del provisor, se disponía á anunciar el peligro de la entrada en el templo, espian-
do de este modo la impremeditada fuga

á que el terror les indugera; pero recor-
 dando la armonia que siempre rei-
 nara entre los dos Cabildos secular y ecle-
 siastico, se dirigió recado al conde de Cu-
 jorada, procurador mayor de la Ciudad,
 para que providenciase el que se impidie-
 ra el tránsito por las cercanias de la Fi-
 ralda, y á fin de que diese cuenta á su
 Ayuntamiento por si gustaba concurrir á
 la procesion, que se acordó, llevando el
 Santo "Lignum Crucis" y la sagrada Ima-
 gen de la "Cede", á la ermita de S. Sebas-
 tian; á causa de que las calles con las mu-
 ras no se creian transitables, y todas

las noticias que llegaban eran de que los templos de Sevilla, ninguno ofrecia seguridad. Tambien se acordó dar comision á la diputacion de ceremonias, para que discurriese una "demostracion perpetua" de gracias en aquel dia, la cual quedaba votada desde aquella hora.

Magnifica y edificante fué la procesion de la tarde, á la que concurreó todo el clero parroquial con sus cruces, las Religiones y las corporaciones todas que concurren á la del Corpus, é imponiense la entrada y estancia en la Basilica, rasgadas sus bóvedas, separadas las piedras

de sus paredes y lleno el pavimento de los fragmentos desprendidos, indicios claros del superior destrozo.

En el templo solo entró el Cabildo, sacando la imagen de nuestra Sra. de la Sede(s) en hombros de sus dignidades, llevando el Tesorero el Santo "Lignum Crucis" y el señor Chantre, con estola, el Copon en sus manos, debajo de un patio, cuyas varas llevaban los prebendados.

Cuando hubieron salido, cerraronse todas las puertas, prohibiendose rigurosamente la entrada del pueblo en la Catedral, pues los ingenieros decian era for-

zoso dejar pasar algunos dias, para poder formar juicio en el reconocimiento de la Iglesia.

Bien merecia historiar y publicar, hoy que tanto se escribe, las relaciones de este terremoto y de las inundaciones que ha padecido esta ciudad, porque la historia de esas calamidades y sus remedios, honran su municipio, y a esta poblacion siempre grande en todas sus manifestaciones. Y los curiosos que quisieran hacerlo no tienen disculpa que alegar, porque existen en las Bibliotecas numerosos datos, y el Ayuntamiento, gracias al la-

borioso y entendido Sr. Velazquez y Sanchez, pone el Archivo mejor arreglado de todas las municipalidades de España.

Pero viniendo á nuestro "por qué," ya demasiado largo y difuso, diremos que impresionada la imaginacion del pueblo á la vista de tanto estrago como se presentaba á sus ojos, doquiera que los fijara; aterrizado mas con la repeticion del terremoto al dia siguiente, aunque en menor escala, siempre fervoroso en sus instintos de piedad, busco la causa de tantos males en la indignacion del cielo, y no penso mas que en la oracion y en la

penitencia. Y multiplicáronse las procesiones, y al común espanto daban continuado pábulo los sermones que á todas horas predicaban los frailes en las plazas; pues como hemos dicho, no habia en toda Sevilla un solo templo capáz que ofreciera seguridad bastante para celebrar oficios en él. Pero la iglesia, siempre sabia y prudente, que ama y encarga el santo temor de Dios, y reprueba y rechaza los celos indiscretos y los terrores que dominan la voluntad; salió al encuentro del mal con un edicto del Provisor, prohibiendo las penitencias públicas y los sermones á des-

horas, cortando aquel torrente de fervor que no conducia mas que á mortificar el espíritu y á introducir la pusilanimidad, indigna de los pechos cristianos.

Si, mi querido Fernan: como os decia en una de mis cartas anteriores, la religion cristiana es la religion de los valientes y de una manera palpable se vió en esta ocasion solemne, quando el cabildo trató de remediar el destrozo de su famosa y celebrada torre.

Recordareis que á grandes rasgos y como la índole de estas cartas permitian, pinté el estado de la soberbia Giralda, cu-

yo total desplome era tan inminente,
que se habia prohibido el tránsito por sus in-
mediaciones; siendo tal el estado en que
se encontraba, que la opinion del vulgo y
la de los inteligentes era que al primer
golpe que se diera en ella se derrumba-
ria por completo, arrastrando tras si á los
temerarios que osaran poner en ella sus
manos. Pero Sevilla no podia dejar per-
der la hermosa perla de su corona, y
á Sevilla nunca le faltan hijos intelligen-
tes o bravos que acudan á su voz. Juan Ru-
iz, uno de esos humildes "maestros de
obras," que sin títulos académicos han le-

gado á nuestra generacion monumentos
que hoy no reproduce la sublimidad
de la ciencia, se ofreció á reparar la
Giralda, y lo consiguió; ¿mas cómo?

¡Cuánto yerran los impíos, sosteniendo
que la religion enerva el corazon del hom-
bre, porque manda la resignacion, la hu-
mildad y la paciencia! La religion man-
da tambien morir cuando el deber lo or-
dena; y Juan Ruíz, y los valientes que lo
acompañaban, todos los dias antes de su-
bir á la torre á dar comienzo á sus fae-
nas, de rodillas ante un Crucifijo y las
imagenes de Justa y Rufina, puestas en

un altar ante la puerta de ella, decian
el "acto de contricion" de sus culpas, y con la
conciencia tranquila iban aquellos solda-
dos del trabajo al santo campo de la obli-
gacion, no a' desafiar la muerte, sino a'
luchar con ella, animado su corazon
por la fe, a' quien debian la esperanza
de su triunfo, y el ningun temor al
vencimiento.

R. de Vida.

Sevilla = 1867 =

Conclusion.Carta 6.^a

Por qué no hay bancos en la Catedral de Seo.^a

Al terminar mi carta anterior, no por olvido, sino porque ciertamente no lo sabía, dejé de decir que no eran solos Juan Vives y los soldadados del trabajo, como llamaba a los peones, los que se exponían al peligro; también a su frente subían a la torre, sirviendo de estímulo su ejem-

plo, el Arcediano de Reyna D. Manuel de Lara y el prebendado D. Miguel de Loto-Sanchez, á quienes el Cabildo habia comisionado para la reparacion del morisco alminar de Suever, que Fernan Ruiz cristianizó^(u) dándoles todas sus facultades, sin mas limitacion de la que le dieran cuenta, antes de proceder al "descope-te," si no se encontraba otro remedio.

Pasamos por alto los pequeños temblores que se notaron en los primeros dias, y el furioso vendabal que el dia 9 hizo creer no quedaria en pie ningun edificio de tantos como amenazaban ruina; pero

de los cuales no se desprendió una sola concha, porque aquel día celebraba la Iglesia el Patrocinio de Maria, y la Santa Virgen quiso probar una vez mas, que no en vano la católica Sevilla busca en ella su "amparo", su "esperanza", su "salud", y todas las ideas de "consuelo" en cuyas advocaciones le rinde tan ostentosos cultos.

Y el Patrocinio de Maria fue tan claro y tangible, que cuando se creia que el violento empuje del huracan en las banderas del Giraldillo, que no tenia movimiento, bastaria á derribar la Torre, á su irresistible esfuerzo la pesada mole de la colo-

sal figura de bronce se encalveró, y con
ella el robusto perno de hierro, sobre el
cual giró dando dos vueltas completas,
como para asegurarse de su firmeza, y
decir a' los sevillanos: No temais por mí,
interin creais que las débiles manos de
dos doncellas son mi indestructible apoyo.

Pasemos tambien las peripecias de las
reparaciones y los ingeniosos medios que
se emplearon para efectuarlas y construir
andamiados de tal magnitud, que sus
sostenes ocupaban la plaza y calle del pa-
lacio arzobispal, hecho casa de paso, pues
las maderas impedian completamente el

tránsito por aquellas. Pasemos tambien
las traslaciones de parroquias, la insta-
lacion del Sagrario y coro en el colegio
de S. Miguel y los mil hechos curiosos
o edificantes que ocurrieron durante las
obras; pasemos por la construccion del
Triunfo y el trozo de marmol que para
labrar su imagen se recibió, remitido de
de Florencia sin saberse por quien, y ven-
gamos para referir, aun cuando sea á pa-
so de carga, los que tuvieron lugar el 28
de Febrero del siguiente año de 1756, dia
en que hechos ya todos los reparos inte-
riores de la Basilica, se trasladó á ella

la Magestad Divina y la Santa Imagen
de la Sede, 4 meses despues de su salida.

Hay cosas que no pueden describirse,
porque para pintarlas y comprenderlas
se necesita tener el animo en aquellas mis-
mas condiciones, y el sentimiento no hay
nadie que lo traduzca. La procesion en
que el Santisimo fue conducido desde el
colegio de S. Miguel a' la capilla Mayor,
se encuentra en este caso; y baste decir,
que solo en dar la vuelta a' la Catedral,
pues saliendo del colegio entró en el tem-
plo por la puerta grande, tardó tres ho-
ras. Todas las pompas del Corpus, jigan-

tes, scises, otras tres "Danzas" mas, Sevilla entera, desde los chicuelos, batidores obligados de toda ceremonia, hasta el asistente D. Fernando de Valdés Quiros, acudieron, como nuevos tornases, a' tocar con sus manos y cerciorarse de la existencia de aquella casa del Señor, que habian creído perdidas.

¿ Por qué hemos salido del templo? ¿ a que volvemos? este fue el tema de la magnifica oracion que en la funcion solemne de aquel dia pronunció el Sr. Chantre D. Fr^{co} de Olaraval. " Os arrojé " dijo hablando en nombre del Señor, " porque sien-

do mi templo casa de oracion, lo habeis
convertido en teatro de maldades: "recordo"
los contratos, las escandalosas citas, las
profanaciones de toda especie habidas
en aquel Santo recinto, "cuyos postes se mi-
rabau ya libres del horrible contagio de sus
poyos," haciendo notar la circunstancia
de que tan manifesto habia sido el aviso,
que ni la Audiencia, ni el Ayuntamiento,
ni la Louja, ni ningun edificio público
profano, habian padecido con el terremoto.
cuando todos los templos de Sevilla
se habian mas o menos resentido. Refiriendo
los destrozos causados dijo: "Lo que mas

nos horrorizó' fué ver nuestra privilegiada Torre desprender de su penúltimo cuerpo los pilares, deshecha su arquitectura. Al ver esto, demagamos, reflexionando que iba de veras el castigo, cuando nuestras Santas Entelares Justa y Rufina abandonaban la Custodia de aquel elevado risco, á' que en otros terremotos fueron firme antemural, como las tradiciones lo aseguran.

Súpose entonces, que la Ciudad había votado asistir anualmente á' las vísperas, procesion y misa, el día de todos Santos, y los comisionados del Cabildo dispusieron en cumplimiento de su encargo, que en

este dia hubiese Sermou todos los años es-
poniendo lo ocurrido en aquel; que se
erigiese un triunfo en el sitio donde se
puso el altar portatil en aquel terri-
ble dia, cerrándolos con rejas de hierro y co-
locando en él una lapida conmemorati-
va del suceso; que anualmente el dia de to-
dos Santos se hiciese estacion á dicho si-
tio despues de la Misa conventual, can-
tando el "sub tuum presidium" en tono de
rogacion y canto-llano y concluidas las
preces en la Louja, donde se pusiere altar
en sitio reservado, se entonasen alli el "Ge-
Deum", con repique general y se volviese

á concluir al Altar Mayor, cantándose
 después la hora de sexta en pie; que en
 el día del Patrocinio se revalidase anual-
 mente el voto de defender la Purera In-
 maculada de Maria, ese misterio por cu-
 ya declaracion dogmática ha suspirado
 tanto la Iglesia sevillana; que los maiti-
 nes de Todos Santos, Patrocinio de la Virgen
 y el Jozé, así como de las Santas Justa
 y Rufina, fueron pluviales; y que en las
 visperas de estas se guardase ayuno y
 abstinencia por devocion. Finalmente que
 "Contemplando que la Iglesia se destinó p.^a
 orar; reflexionando el que se dirigió á el

Temple el azote, desoso el Cabildo de celar
la casa del Señor, mandaba demoler in-
mediatamente los asientos de material, que
de antiguo mantenían en su centro, y
que no se pusieran ni permitiesen, nun-
ca, bancos en su ámbito."

He aquí, mi querido Fernán, la razón,
el "por qué" no hay, ni pueden permitirse
se bancos en la Catedral.

La Fraternidad humana rechaza y
encierra hoy en los muros de la Iglesia cris-
tiana la igualdad que ella sola ha tabi-
do practicar y enseñar p.^a todos los ámbitos
del mundo. No permita el cielo que en

en sagrado recinto tropiece tambien el
 pobre con el mas odioso de todos los pri-
 vilegios, la riqueza; y que el espíritu de
 imitacion extranjera, haga que la especu-
 lacion o "las sillas de la Beneficencia" inva-
 dan la casa del Padre comun, en cuya
 mesa no hay sitio preferente, ni en su
 presencia hijos destituidos.

R. de Vida.

Sevilla = 1867 =

Notas.

1. La memoria que seguimos en estos apuntes, respecto á la duracion del terremoto, dice: « Pregado el terremoto, sin arbitrio para dar tiempo fijo á su duracion, porque la universal conturbacion no lo permitio: bien que no se debe disminuir de ocho á diez minutos.»

2. Desde 1401 hasta 1520, el Cabildo tuvo vida en comun para que todas sus rentas se dedicaran á la obra de la Catedral, cumpliendo con aquel célebre acuerdo, página la mas brillante de su historia y que debiera estar gravada en oro y

expuesta a la admiracion de los estranos.

3. Es la que se venera en el altar mayor.

4. El árabe Hever o' Guever, construyó la Giralda el año 1000 de nuestra era y en 1396 el arquitecto Fernando Ruiz en la reparacion de otro terremoto, dió al segundo y tercer cuerpos la forma que hoy tienen.

Consejas Cordobesas

Coleccion
de

Eventos Sucidos.

2

Conversaciones de puerta de calle

Recogidas por

R. de V. y H.



Consejas Cordobesas

Coleccion
de

Cuentos, Sucedidos.

2

Conversaciones de puerta de calle

Recojidas por

R. de V. y R.



Compendio de la historia

de

Cordoba: 8865

Imprenta y Libreria de D. Rafael Arroyo
Calle de San Francisco de Asis

1.º tomo de 831 pag.

2

Compendio de la historia

de

D. J. V. de



Cinco palabras al Director de la Cívica,
por no ser menos que el que dijo cuatro al
del Diario, y que tambien servirán de

Prólogo.

Se ha dicho que la propiedad es un
robo; y como las malas semillas fructifican
y se propagan sin necesidad de cultivo,
la propiedad se roba sin el menor escri-
punto, y mas sin son ideas creencias que
no pueden lazararse, ni llevar etiqueta
con el Brevet de su autor.

Un señor Velpouer, que por lo visto de-

be de ser pintor, anda á caza de Cuadros Viejos referentes á la historia de Córdoba, y en dosis homeopáticas los da al público un día por semana en el folletín del Diario, pretendiendo sacar no sé qué consecuencias de ellos.

Yo pudiera decir que la idea era mía, pero como no es posible tampoco que á los dos nos ocurriese á un tiempo, ni tenga prenda para sentar demanda, le dejaré explotar la parte histórica, que es mi afición, mi vicio, y aun cuando fuera de mi centro y cuerda, como suele decirse, me echaré por esos mundos de Dios á

colectar cuantos y sucedidos (1). que no
 por carecer de autores que los legitimen,
 dejan de tener, los mas, sana moral, sa-
 ludable ejemplo y provechosa enseñanza.
 Yo tambien quiero escribir en dia a dia
 go, y como el señor Velponer tiene acota-
 do, ya los martes, dijo el dia trece de ca-
 da mes para empezar la publicacion de
 una Conseja, que sin interrupcion, o con
 muy corto intervalo, se concluire dentro
 del mes en que principie. Mientras
 el respeta mi campo, y limite sus trabajos
 a la parte historica, yo no metere mi
 hoz en aquella mies; pero me creere libre

de esta promesa si dejó el terreno de lo
escrito para venir al de la tradición.

Las Concejías no tienen mas objeto que
reunir en un volumen todos los cuentos
o sucesidos, cuyo ayunto los editores de
las Tradiciones Cordobesas no crean
deben figurar en su publicacion: y así co-
mo el autor de los Cuadros Viejos di-
ce que no alterará la historia, nosotros
tampoco nos permitiremos alterar la esen-

Como se escribe en Córdoba, y para Córdoba, no es
necesario dar explicacion de estas palabras que el pueblo
usa en su verdadero valor, aunque se me llame
vulgar por emplearla.

cia del cuento tal cual entre el pueblo
corre: nuestra mision como la del tio
Joachim, del Caimixos, se reduce
a tocar el tambor y espiar a nuestro mo-
do la estampa que nuestro mundo encie-
rra.

Sevilla 30 de Junio 1865

I.

El ex-balcón, convento y paseo de San Martín

Todo en el mundo está sujeto a' un sino,
que próspero ó adverso, preside cuanto exis-
te! Hay hombres que to tienen de in-
consecuentes, mugeres de coquetas y terrenos
que efecto de él, a' la manera de las mu-
lles falsas, siempre están con la carga en
tierra.

En campo de ruinas que frente a' la
iglesia de San Nicolás se estiende, hoy
gran egito aun que se nombra calle

no es esta la vez primera que la mano
del hombre, mil veces mas destructora que
la acción del tiempo, lo convierte en mon-
tón de escombros, arrasando las obras que
otros levantaron en él.

Hace pocas noches, que meditando sobre
esto y huyendo del insupportable bullicio
de la feria, me dirigia por el paseo de los
Goyanes. a' esa que no siendo puerta
ni barrera, llamaremos brecha practicable
del Gran Capitan, y me sorprendió la
acalorada discusion de tres al parecer an-
cianos, sentados entre los apilados sillares
del derribado muro.

~~Después~~! D. Sisnando, doblamos la
hoja y no me hable V. de los Fuegos
florales de esta mañana, porque voy á
perder los estribos, decía uno.

- Pero D. Faudila, replicó otro, yo no
veo motivo para que V. como suele de-
cirse, llegue al cielo con las manos, por
que no haya tenido premio el asunto his-
tórico.

- Pues no ha de tener motivo para sofo-
carse y hasta para rabiar un cordobés como
yo, jurasang, como dirá un botarate de es-
tos que olvidan el idioma de su patria,
sin aprender los de la estraña? Vergon-

zoso es, si señor, vergonzoso que en Córdoba
no haya habido quien cante al Gran
Gonzalo, gloria de este pueblo, que lo vio
nacer, único Capitan a' quien la his-
toria apellida Grande, porque tuvo ne-
cesidad de serlo para descollar entre los
mil famosos de su época: colosal figura
que se necesita un genio para bosquejarla
solo, y la imaginacion no tiene cristales
para reducirla a' los límites de un cua-
dro que la abarque, por grandes que sean
las dimensiones del lienzo.

-Pues, señor don Fandila, aunque por-
tiendo de un supuesto falso, está V. ha-

ciendo la apología del Turado, que
abundando que esas mismas ideas, ha
creído que un asunto de tal importancia
requería ser tratado de tal modo, que
el premio lo llevara la composición que
no digo lunar, sino ni aun sombra las
emularse. Por que V. supone muy mal
al decir, que en Córdoba no ha habido
quien cante a nuestro héroe. Cuatro va-
lientes, porque valor es necesario para a-
cometer una empresa que hasta el gran
Quintana respecto, han respondido al
llamamiento arduo de la Academia,
y la lira de los vates de Córdoba han

cedido a la fuerza mayor del argumento,
no por debilidad de su estro, ni sin lu-
char con honra. Tengo entendido que
hay composiciones bellisimas, un romance
perfectamente acabado que es una com-
pleta biografía del Gran Gonzalo; pero
por un lado el reglamento, las justas,
exigencias del Tribunal por otro, y la
condición del tema, en fin han sido
las tres barreras que han impedido el
paso a sus autores para subir al estru-
do del Tribunal de Amor.

Però me ocurre una cosa, don Fandi-
la, puesto que tanto siente lo ocurrido

¿por qué no ha escrito V. al asunto his-
torio? por que tengo curiosidad de sa-
ber qué habría V. hecho.

- ¿Qué habría hecho? respondió el inter-
pelado: si hubiera estado en mis buenos
tiempos, venir aquí a estas ruinas a pe-
dirles inspiracion, y en medio de esa fu-
tura calle, respirando las auras que la
sierra envía, frente al morisco alminar que
hoy sostiene al muslin de bronce que nos
llama al templo, hacer surgir del seno
de la tierra, al golpe de la vara ma-
gica de mi imaginacion de poeta, por
que en mi juventud lo era, la anti-

güa casa de los Marqueses de Co-
mares, con sus robustas almenas, sus par-
dos muros sin balcon ni reja al exterior;
su ferrada puerta girando en sus quí-
cialeras de piedra con estridente churrido;
su patio exterior rodeado de cuadras y
poblado de hombres de armaz y escude-
ros, ocupados en limpiar los caballos y
brunir sus armaz, su ancha escalera con
el escudo de la casa de los Córdoba sos-
tenido por alados grifos; sus aljupías au-
tesalas y el lujoso gabinete, donde el a-
dolescente D. Gonzalo sonaba con su gran
renombre. En la imposibilidad de abar-

car ni aun en un poema como El Ber-
nardo la gran personalidad del héroe
de Granada y Nápoles, pero en la necesi-
dad de hablar de él, y enlazar su his-
toria de nuestra ciudad, habria recorda-
do que en ella, en esa casa que á gran-
des rasgos acabo de descubrir, una mañana
que en bravo don Alonso de A-
quilar, el de las hazañaz, vino, seguido
de sus pajes y escuderos, por su hermano
para que lo acompañase á la misa ma-
yor del cercano templo, y como este aun
estuviese en el lecho, D. Alonso imita-
do mandóle á decir que su hermano mor-

por estaba hacia un rato detenido a su
puerta.

- Pues que espere, dijo D. Gervasio,
que si él nació antes que yo, yo tengo
que ser mayor señor que él.

Ese es el rango que yo hubiera cantado,
haciendo notar que en este pueblo, donde
todo lo grande encuentra eco; donde ha-
biendo un San Francisco que pida,
la caridad halla rios de oro; pueblo que
cuenta el solo mas santos, capitanes y
artistas, que cuanto unidos, porque en su
féráz suelo, su aire puro y trasparente
cielo, la virtud, el valor, y la inspiracion

brotan a torrentes.

El Gran Capitán por medio de la educación que en él recibiera, robusteció su alma, y el conocimiento propio de su indomable brio e imaginación portentosa, le dió la intuición de su futura gloria, comprendiendo que el corazón que en Córdoba se ahoga, necesita un mundo para poder latir. Ya sabe V. lo que yo hubiera hecho, señor don Sisenando.

-¿ Pero es posible, don Faudila, que a pesar de su conocida erudición crea V. que el Gran Capitán nació en nuestra ciudad? - Pues no lo he de creer, si tengo irrecusable

bles documentos que lo prueban? Nació en una casa de que solo resta, ó restaba hace pocos años, la puerta, detras de la Administración, y hoy es un huerto en parte ocupado por la nueva calle. se bautizó en la parroquia de San Nicolas, y se crio en la casa que se derribo para edificar el convento de San Martin y de la cual hablaba hace poco.

Mentira parece, D. Faudila, mentira, si, que un hombre que siempre que lo veo se me figura un legajo escapado de Simancas, sostenga semejantes desatinos. Ni el Gran Capitan nació donde V. dice, ni aunque

hubiera nacido se habría bautizado en
San Nicolas, sino en San Miguel, que es
adonde aquella casa pertenecía: ni cuan-
do D. Gonzalo riñó y se separó de Don
Alonso por sus quiniiones políticas, pues
D. Gonzalo seguía la parcialidad de
la infanta dona Isabel y D. Alonso
la del Rey, hasta la muerte de este, no
fue' a vivir a la casa de Comares, sino:
a la de Calatrava, que es la que hoy de-
riba y al mismo tiempo levanta el señor
Pizzini, y allí fue' donde pasó lo
que ha contado al pasar D. Alonso,
que era el que vivía frente San Nico-

44
las, para ir no á su parroquia, sino « á la ige-
sia Mayor á oír la misa y sermon, que es
lo que dice Garcia de Morales. La casa de
Comares no se derribo para edificar convento,
sino un hospital y colegio de niñas huérfanas,
que no pudo ver mas que empezado su
fundador.

Alto, alto, señor don Sisenando, que el que
disparata es V. Respecto á lo del Gran Ca-
putan me sostengo en lo dicho; puedo llevar
á V. donde vea por sus mismos ojos y escrito
por el mismísimo D. Gonzalo: « Cordoba, mi
patria querida; » y por lo tocante á la fun-
dacion primitiva de convento u' hospital, fué

convento, por que se lo probare' con las fundaciones de tres capellanias, seis memorias y... Estos anticuarios, dijo el que hasta entonces habia callado, son insufribles en empezando a revolver papefotes; ¿Donde ha nacido V. don Fandila?

En Córdoba, don Abundio; en Córdoba, como mi padre y todos mis abuelos desde el primero que vino con San Fernando. Pues me extraña que siendo cordobez no sepa que por los años de 1630, cinco años de la fundacion del convento de San Martin, el Jurado de Córdoba, Martin Gomez de Aragon, hombre de gran

ciudad, compró la casa de Comares con el objeto de hacer de ella un hospital, como entonces se llamaban todos los establecimientos benéficos, para albergue de niñas huérfanas y trabajadores inútiles.

Martín Gómez como todo hombre que se posesi de una idea, por tal de llevarla a cabo, y ver en práctica sus proyectos antes de su muerte, que ya preveía cercana, se imponía las mayores privaciones por tal de no distraer de la obra un solo real de sus cuantiosas rentas. Era el tiempo de los primeros saqueos, y Martín Gómez de Aragon, que como buen cordobés era fanático por esta clase de

pescado, sufría la privación de este alimen-
to, sino con gusto al menos no con tanta
pena considerando que cada libra de sa-
balo que él comiera representaba cuando
menos el valor de un jornal, que él creía ro-
bar a la casa de sus pobres.

Una mañana que mientras los albañiles al-
morzaban, sin ser visto por ellos, Gomez de H-
ragon paseaba por entre los escombros de la
arruinada casa-fortaleza, oyo que un peon
decía:

Pero, hombre, ¿no te da lastima de gastar
en un sabalo el jornal de media semana,
no contanto mas que con tus brazos? ¿Que

será de ti si no ahorras, y llega una enfermedad?

— Eso es lo que menos me importa, contestó el otro چون: mientras haya tontos que gasten su hacienda en hacernos hospitales.

Tonto y necio, si, dijo Martin Gomez presentandose ante ellos; tonto y necio, si es el hombre que se sacrifica por sus semejantes, si por ello espera el premio de su gratitud. Señor! Señor! continuo mirando al cielo; perdona si mi corazon al emprender esta obra aspiraba mas a ganar con ella el amor y agradecimiento de tus criaturas que tu amor y el cumplimiento de tus precep-

los eternos de caridad. Fuera fuera de este
recinto, ingratos; desde hoy queda parada
esta obra causa de mis privaciones y apoyo
de vuestra imprevizion.

Y en efecto, desde aquel dia cesó la obra
del hospital, y cinco años estuvo aquel
terreno convertido, como hoy, en campo, aun
que sin paso por el hasta que muerto
Martín Gomez, que se habia hecho
misántropo y raro desde su aventura con
el albañil, ordenó en sus testamento la fun-
dacion de un convento de religiosas de la or-
den del Cister, tres capellanias y otras me-
morias, con la obligacion en todas de que

rogaran por su ánima.

Entonces fue cuando abzo el convento, y al ser poblado de religiosas, tuvo lugar el célebre pleito, en que por un lado las monjas y por otros los marqueses de Villacazos querían obligar á la parroquia á levantar un muro sobre la torre al rededor de las campanas que impidiera las vistas desde ella al interior de la clausura y casa del marques: pleito que ganó la parroquia, y dió lugar á la colocacion en la torre de los dos mascarones que aun vemos, y la Obisericia al lado de las monjas, y el Quisericia á la parte del marques fue:

ron la eterna broma, el tragala de piedra
con que el Rector se vengó de sus competi-
dores.

Aquí llegaba Don Abundio, cuando
una voz aguardentosa sonó entre los mon-
tones de piedra diciendo: -

Cuentecitos tenemos, eh? pues ahora os
daré yo historias.

Y apareció un adorador de Baco, ar-
matto de una descomunal sardaña que
dispersó la tertulia mas que a paso pri-
vandonos de oír las historias que sabe-
mos posee don Abundio, acerca del
derribo del convento y destruccion del que

fue' jaseo.

II.

Etimología de Córdoba

Como me lo contaron os lo cuento.

Entre el cementerio de la Salud, y el río se eleva una pequeña colina que aun conserva por la parte que mira a la ciudad, restos de muros, cuya formacion y origen se pierde en las oscura noche de los siglos.

Sobre esa colina, una mañana en que el sol habia salido a dar su vuelta de costumbre sin temor de que curiosos lo espiciaran, se encontro con un espectáculo nuevo que no

dejarle de llamarle la atención; pero como
aun no había nacido Josué para ordenar
le detener su marcha, siguió el paseo coti-
diano, sin al parecer, haciendo el mejor
caso.

Los lectores habrán observado, que al decir
que Josué no había nacido, hemos tomado la
fecha algo atrasada y temerán veruoz espues-
tos a cometer anacronismo; antigiua es en efec-
to, puede nuestra historia pasar en los tiempos
inmediatos posteriores al diluvio.

Esa camfiña árida y triste que hoy se es-
tiende desde la sierra al río, estaba entonces
poblada de artísimos sicomoros, cuyas co-

pas se entretenían en besar las nubes: la tierra que hoy ocupa la ciudad, se veía cubierta de gigantescos álces de mas altura de sus actuales edificios, y las orillas del Betis se miraban bordadas de nopales desmesurados, cubiertos de dorados frutos. Los vegetales que con tan poéticos nombres acabamos de indicar, no eran otra cosa que los que conocemos con los prosaicos de Quejigo, Alta e Higuera chumba (1)

(1) Bien se que los naturalistas dirán que estas plantas son originarias de Africa y Asia, cual no podia existir entonces en nuestro suelo; pero como no tengo mas precisiones que de narrador de cuentos, refiero esto de la manera que los oigo.

Hasta el día a' que nos referimos, todo cuanto la vista abarca desde el cerro de Xon-Arbolu no habia sido hallado por ningun ser viviente; todavia el hombre no habia pisado nuestro suelo, trayendo tras si los animales de que sacaba su alimento y vestidos, y por delante las fieras que aumentaba su presencia.

Esa mañana, pues, al asomar el sol por el Oriente, el silencio que desde el supremo fiat, solo habia turbado el bramido del huracan y el dulce murmurar del rio, fue interrumpido por el sonido bronco de cien caracoles tamidos con son lastimero y lugubre, y el eco virgen de la montaña repetia, al mismo tiempo que gritos de

dolor y amargo llanto.

Sobre la colina que hemos nombrado, veíanse multitud de tiendas, y sus vertientes cubiertas de ganado de todas clases, a quienes casi tapaban la vigorosa vegetación en que pacían.

En medio de las tiendas, una tribu numerosa de rodillos, rodeaba un tosco altar de piedra seca sobre el cual ardía la sangre y sebo de un hermoso toro negro, sobre cuya piel estendida en el suelo yacía envuelto y ligado con numerosas fajas el cadáver de un anciano.

Concluido el sacrificio, a una señal del benévolo anciano que lo ofrecía pusieronse todos de pie y pudo observarse el traje que vestían.

Los hombres llevaban la cabeza descubierta:
unas especies de abarcas de piel cruda defen-
dian sus pies, y un saco de lana con capucha,
largo hasta las rodillas, y cuyas mangas no
pasaban del codo, era la única prenda que cu-
bria sus cuerpos sujeta a la cintura por una co-
rrea de la cual pendia a la izquierda una ca-
labaza para llevar agua, y a la derecha una
honda hecha de crines, la cual y un largo
palo a la manera de los nuestros pañegos, cons-
tituian todas sus armas.

Las mujeres distinguianse por sus largas ti-
nias que se llegaban al cuello y se abrían
del hombro a la cintura; abertura que le

servían para sacar los brazos completamente desnudos y el pecho para amamantar á sus hijos: esta túnica iba ceñida por una especie de chal ó faja que daba dos vueltas, una en la cintura y otra bajo el vientre, donde se anudaba colgando sus puntas hasta la orilla de la falda que en los costados desde la rodilla al suelo estaba abierta como los pañales de una camisa de varón. Cubría su cabeza un paño enrollado á manera de turbante y sentaban sobre la arena sus pies que no defendía ninguna clase de calzado.

El anciano que había ofrecido el sacrificio era Xubool, hijo de Tappe, nieto de Hoe, y el ca-

daver el de su amada esposa Corah.

Corah habia sido como su nombre lo indicaba el corazon de Dubal durante los 500 años que contaba de existencia. Juntos, sentados sobre las rodillas de sus padres, habian escuchado de estos la espantosa relacion de la gran catastrofe de la inundacion del mundo: juntos habian presenciado la construccion de Babel y la dispersion de las gentes o la tierra y juntos en fin, la habian atravesado siguiendo su posteridad.

Dubal ordenó a sus hijos disponerlo todo para la marcha, en cuanto se diera sepultura a Corah, menos Datan, el menor de ellos que

debía quedar velando sus cenizas y en su consecuencia plegáronse las tiendas, cargaron los jumentos, recogieron los ganados menos los que pertenecían a Gatan, cuyas tiendas también quedaron pobladas la cocina, y en seguida diez doncellas las mas jóvenes y hermosas suspendieron la piel del toro en que yacía Corah y descendieron con ellas por la parte que mira al Selenion seguidas del anciano Cubal, y todos hombres y mujeres de la tribu, que, rotas sus ropas y cubiertas de ceniza, las cabezas, ensordecían los aires con sus desgarradores lamentos.

Por aquella parte habia entonces un bamao

profundo y en una cueva que se labia en el,
depositaron el cadaver de Corah enuelto en
la piel en que lo habian conducido; hecho lo
cual, cerraron la cueva con gruesas piedras
y hombres, mujeres y chiquillos fueron amon-
tonando encima piedra y casajo hasta formar
el pequeño cerro que se nota entre la fuente de
Devilla y la ermita de la Salud.

En tanto el sol habia llegado a' su Zenit:
Abel prostrado en tierra con el rostro pegado
a' ella parecia como si a' su travez se des-
pidiera de la amada de su alma: de repen-
te se levanto, enjugo' con el invéz de su ma-
no las lagrimas que inundaban su rostro, man-

do acercarse a su hijo Gatan y...
Mi destino, dijo, está próximo a cumplirse:
las ondas de este río cuya corriente seguiré,
me dicen que pronto, según el gran caudal
de sus aguas, se perderá en el inconmensurable
mar, en cuyas playas mi vida también será
absorbida por la eternidad. Desde que salí de
Babil, no he dejado de caminar un solo día;
y cada uno de ellos, al salir el sol un punto
diferente escuchaba de mis labios el santo nombre
de Jehová. Donde quiera que perdía un hijo
allí dejaba fundado un pueblo, que allí don-
de el hombre llora, aquel es el lugar de su pre-
destinación, puesto que a llorar vino a la

tierra.

Datan! hijo mio; aqui heuoz perdido a tu madre y aqui te dejo a ti el ultimo de sus hijos, este cuya delicia eras, por que este suelo que ha sido inundado con nuestras lagrimas y cuya atmosfera ha sido estremecida antes que por los trinos de las aves, por los lamentos del hombre, quiere por ello todas las condiciones para ser su mejor habitacion

Cuando tu posteridad se multiplique, estendela por el oriente y occidente, pues al norte quedan tus hermanos y yo sigo mi ruta al medio dia.

Sigue mi ejemplo, y alli donde siembres un

dolor deja un hombre que cija el fruto de tu
pena; pero instruyelo para que sufra con resig-
nacion por que el Señor nuestro Dios nos ha
mandado al mundo para purificarnos en él por
medio del dolor, al mirar sus obras y estender
su santo nombr.

Hedios Patan, a la ciudad que en este
sitio fundes la llamarás Cor-tubal (1) pues
en él queda tu madre Corah que era mi co-
raron.

(1) Los etimologías dan otro origen al nombre de Cortuba. El que no se conforme con
el nuestro puede decir entre Corta-loba, ciudad buena, Ehorta-loba oro bueno.
E-or-loba, tierra aurifera. Cortuba, molino de aceite, Bordin seguir, dan-
tubal, &c. y otros que le dan bordin, Dochar, Cirin y otros autores.
Cortubalis, coraron de tubar, muy admitido en el siglo pasado no sabemos de don-
de salió, así como el estado de la ciudad que se disipó del día hoy, en que en car-
to del hoy tiene situado el corazón atravesado por un dardo y dentro la pala-
bra cor, brio que o el mundo se inventó para explicar el estado o finaron este pro-
ra representar el mundo.

Calló Rubén y extendiendo sus manos sobre la
cabeza de Patan que de rodillas abrazaba
las de su padre, miró al cielo: abrió los brazos
y extendió de nuevo las manos sobre las cabe-
zas de todos los hijos de su hijo, que a sus
pies lo rodeaban: bendijo en silencio sus mujeres,
bendijo sus ganados, y después se arrodilló tam-
bien; besó de nuevo la tierra bajo la cual que-
daba su tierra compañera, y enseguida el venera-
ble anciano y su numerosa prole emprendieron
su marcha siguiendo la corriente del hoy Guadal-
quivir.

Durante algun tiempo, se escuchó el gemir de
las mujeres que se alejaban, entre el tronchar

de las maderas, el balar de las abejas, el bramido
de los toros y los chasquidos de las hondas con
que sus pastores los guiaban. Luego todo quedó
en silencio; pero entonces y por muchos días, en-
tre las armonías del aire y de la selva, se
oieron solo los angustiados suspiros que hacía
lamar en la nueva colonia el recuerdo de su
padre y hermanos.

¿Así debía suceder? En todas partes, como
Nobias había dicho antes de cantar las aves,
había llorado el hombre.

III.

Recuerdos de Gongora.

Desde la noche en que tan intermpestivamente fue interrumpida la conversacion de Q. Abundio en los Tejares, he andado averiguando sin fruto quienes eran sus contentulios, hasta que la casualidad me hizo hallarlos en el paseo de la Victoria, donde he sabido conuieren todas las tardes sea cual sea la estacion.

Aunque por la conversacion conocida, podriamos elegir la condicion de cada uno de

los interlocutores, como estos son muchos mas
 y Dios mediante pensamos ser taquígrafos de
 muchas de sus sesiones, diremos que Don
 Taudila es un medio mayorazgo de algu-
 na instruccion, pero murmurador y maldicien-
 te si los hay; de avinagrado gesto y hombre
 de eso a quienes nada sienta bien, ni encuen-
 tra bueno, como no haya dos siglos (por lo
 menos de por medio: es anticuario, y esto
 basta para comprender que es de caracter co-
 ntilerario, raro, que desatina con frecuencia
 y se cultiva y encoleriza en el momento que
 se le contradice.

Don Pisenando estan bien eficionado

a las antiguallas y participa de las con-
diciones de Don Sandila. Disputador e
terno tambien se encoleriza y ataca brusca
y ferozmente al que se opone a sus opiniones,
las mas de las veces absurdas pues Don
Sisnando es hombre poco instruido, solo
que posea una memoria prodigiosa y recuer-
da todos los cuentecillos que escuchara en su
juventud aplicandolos veagan a tiempo o no.

Don Afrandio es un capellanson de alta
colmena, larga y raída levita, pantalón cor-
to unas veces fuera y otras dentro del bole-
quí; mugriento y tabaco, cuya facha
estrafalaria publica desde lejos que sus

5
gustos estan citados en las medallas, inscrip-
ciones, pergaminos y papeles antiguos, solo que
Don Abundio no se suffira como sus com-
pañeros y cuando tercia en las disputas siem-
pre es para abumar a' los contricantes con
el peso de sus citas; por que para el no hay
nada cierto como por sus ojos no lo haya lei-
do escrito aunque sea en el sobre de una car-
ta, que achaque es tambien de los literatos
ratos, como los llaman cierto amigo nues-
tro, el hacer sus apuntes mas notables, en
cualesquiera papelajo.

Los demas son retirados, unos vecinos, foras-
teros otros, y todos artuulos vivos de la cro-

nica clismosa de actualidad, cuyas lenguas
puestas en un estuche, serian un gran regalo
para un barbero ó sangrador.

Esa tarde aun cuando no es su sitio de cos-
tumbre, la tertulia estaba en uno de los a-
nientos que rodean la fuente, y sin ser visto
por ellos, me pude colocar donde pudiera oír-
los.

Es una desgracia, señores, decía Don Fandi-
la, que en este Córdoba no se haga nada
bien ni completo; hace tiempo que se empezó
á variar la nomenclatura de nuestras calles
y plazas, y esta es la hora en que está la
mitad por acer y lo que se ha hecho; Lu-

anto pudiera hablarse sobre ello.?

Yo comprendo que se halla puesto el nombre del gran Ossio a la primera calle que estuviere a mano, y que con el del poeta latino se bautizase la antiquia de la Mancibia y mas moderna del Petro pero Jesucristo Crucificado, que no tengo paciencia, no, para mirar con calma los nombres de Alfaro, Juan Rifo, Argotes, y sobre todo Conigora, donde los han puesto, cuando trabajando un poquito, podrian haberse colocado en calles que ya se hubiesen llamado asi, o al menos hubiera alguna razon que etonara el que hoy llevan; Sa-

be V. Don Simando por que se llamara
de Góngora la calle que hemos pasado para
venir aqui?

Usted diga, pues lo que es yo no lo adivi-
no, ameios que no sea por que naciera en
la casa en que hoy esta el correo, cuyo pro-
pietario posee algunos vinculos del apellido
Góngora, y tal vez esa casa pertenezca a
alguno.

Ca, hombre, ca, dijo Don Abelio: he
oido decir que la designacion de las ca-
lles se hizo poniendo las papeletas de los
nombres en un sombrero de copa alta, y
al que Dios se la dio el Ayunta-

miendo se la badió. Por lo demas, el poeta
Don Luis De Gongora y Argote como el
se apellidaba y hoy se nombra, Don
Luis de Argote y Gongora como debió lla-
marse, puesto que su padre era el sabio Ju-
risconsulto Don Francisco de Argote y el
Góngora el apellido de su madre Doña
Leonor, nació en la parroquia de la catedral
donde se bautizó el 12 de Julio de 1561
cuya partida he visto al folio 22 del libro
del citado año.

Veriguando, por que V. V. saben que soy na-
turalmente investigador he sabido que la
casa en que nació estaba en la calle de los

Manriques y hace pocos años fue demo-
lida por su ruinoso estado, abjauendose de
su solar otras de nueva planta, y son las
que ocupan toda la cara izquierda de la
calle Porteria de San Pedro Alcántara
y forma esquina a' la citada calle de
los Manriques y de las Pavas. De la
casa donde nació Góngora solo restan al-
gunos sotanos y fue lástima no hubiera
podido conservarse algo de ella, aun cuan-
do no hubiera sido mas que la escalera
que tenia la particularidad de estar to-
da ella cubierta de huesos de acutino.
¡Hay! si el que derribo la casa hubie-

6
ra sabido que en ella había nacido el fe-
nix de los ingenios cordobeses, algo nos había
conservado de ella, que sabido es, que su
amor al arte y su afición a las letras ca-
minan siempre dados del brazo.

Pues señor, dijo un retiradote de luengo mos-
tacho y fea catadura; para mí no se qui-
merito pueda darse al Churriguera de la
literatura española, que merezca conservarse
su memoria, ni se levanten monumentos don-
de hay sus dudas si estarán o no sus res-
tos y...

Señor mío, le interrumpió Don Taudila,
cuando V. nos hablaba de si los quintos

del Depósito hacían bien ó mal el ejercicio
y si la media vuelta ó las divisiones de
sable eran de esta manera ó aquella, nadie
le contradecía; estaba en su terreno y se le con-
sideraba voto en la materia; pero esa califi-
cacion que ha hecho del fleix, si señor, de
los poetas de Córdoba, y el dudar de lo que
no tiene duda, que es que Don Luis de
Góngora está enterrado en la capilla de
San Bartolomé, demuestra que es V. un
solenísimo...

¿Un solenísimo qué? dijo el otro levan-
tándose con los bigotes como el escudo
de un jabalí acorazado.

6
Calma, señores, dijo Don Aluicio, que á nues-
tra edad no estan bien esos amonques. Yo diré
lo que juzgo y se del poeta Góngora, cuyo mérito
es indisputable, por lo mismo que se le disputa, por
mas que como hombre no falten lunares en sus
obras.

Dire' primero que el tomar el apellido materno
con preferencia al paterno, achiague muy comun
en aquella época, no tenía por causa como al-
gunos lo han supuesto, la posesion de ningun
vinculo ni capellanía que lo exijese su funda-
cion pues nuestro poeta como habia nacido
tal, anduvo siempre de espaldas con la for-
tuna, y apesar de su mérito y el influjo de su

familia gozó con la dinastía austriaca, sabido de todo es lo poco que medró Don Quiz. Según he leído, su amor a las musas fue el que le hizo preferir el apellido de Góngora al de Argote como mas sonoro, y su imaginacion fue tan precoz, que cuando siendo niño lo encontraba el cronista Morales, no lo veía una sola vez que no dijera; Oh y que buen ingenio va a tener este muchacho! (1)

Era travieso como todo chico que no está enfermo o lonto, y jugando una tarde en una casa de la calle de los Judios, cayó por la

(1) Historico

muraya a la huerta del Rey, quedando como
muerto del golpe. Desahuciado por todos los
medicos de la ciudad, su madre lo encomendo a
San Alvaro de Cordoba y su cura fue tan
rapida y milagrosa, que se sacaron testimonios
de ella, alguno de los cuales he visto yo. De
este fuerte golpe en la cabeza creian algunos, le
previno la debilidad de memoria que padecio
en sus ultimos años, tanto que yo oi a mi a-
buelo que le habia contado el suyo, que es-
tando un dia en la parroquia del San
Juan con Don Juan de Godoy y otros,
llego Don Luis y pregunto si saldria pron-
to misa: digeronle la iban a decir en seguida

y en menos de un cuarto de hora preguntó
cuatro veces si saldría misa, y otras tantas,
quien era el corregidor, y siempre le respon-
dian que Don Gaspar de Bonifaz: «Que
cabeza, que cabeza, decía Don Luis, no acor-
darme siendo tan grande amigo mio.»

Pero su falta de memoria no le privó de su
carácter y condición epigramática y mor-
daz, y se cuentan mil anécdotillas de él que
juntan al vivo su carácter. En su última enfer-
medad lo visitaba con otros el doctor Mendo-
za, que tenía nota de venir de moriscos, y
como para animarle le dijera que pronto
tendría el gusto de acompañarlo a caza, Cuanto

to lo celebro, dijo Don Luis, por que hace tiempo que no iba á correr liebres con podencos." (1)
Cuentase, que en esos últimos años tambien, habiendo muerto un capellan llamado Mora, dejó por herederos de su hacienda y metálico al cabildo catedral y al Dean. Los canónigos querian á fuerza de agradecidos poner al finado una buena losa y consultando con Gongora la inscripcion, dijo: Ponerle esta

Aqui yace un capellan
que en todo fue majadero,
hasta dejar su dinero
al cabildo y al Dean.

(1) Sabido es que se calificaba de perros á los moros

Para Don Luis, de un carácter violento y activo, nada habia capaz de imponerle respeto ni hacerle contener sus impresiones: dícese que la vez primera que vió las armas del obispo Skardonez, dijo:

En el mar de dones

nacien estrellas,

flor de lises, liones

frutas y ruidos

descripcion sencilla del escudo y que sin embargo contenia tantos epigramas como palabras.

Ya se comprendera que ese carácter intransigente le proporcionaria disgustos graves, y uno de ellos fue el que le proporciono su tetralla
"arroyo, en que ha de jurar."

que seguramente ha llegado a nosotros muy variada, pues en ella no se encuentra cosa que pudiera motivar la prision de su autor. (1)

Al salir de su encierro y refiriendose a su letrilla, dicen compuso un soneto que empezaba

«No mas moralidades de comentes
bien sean de anovuelos, bien de rios»

soneto que no conocemos ni hemos visto en ninguna de las colecciones impresas ni manuscritas, de sus poesias.

Diga usted, Don Abundio, y es cierto que Don Luis por sistema o porque lo sintiera.

(1) Alfaro. - Varones ilustres

an, no gustaba de su patria y siempre estaba
pronto a descargar sobre ella y sus naturales su
gran deposito de bilis acustica.

Yo como ustedes saben, prefiero siempre a mi
opinión la ajena, y a la mejor disertación unos
de esos rasgos, gráficos por decirlo así, que retra-
tan la índole ó sentimiento de la persona.

Al convencimiento tenía de ese espíritu destruc-
tor y dañino, tan común en nuestros paisa-
nos, especialmente en los muchachos, que ha-
biendose un día en Madrid en el palacio del
duque de Lerma, tiraron una piedra por la
ventana, que además de romper las vidrieras
de ella hizo otros destrozos en la habitación

causado un no pequeño susto á las personas que habia en la sala. «No hay que alarmarse, señores, dijo Don Quix; es que pasa por la calle algun muchacho cordobés,» y dió la casualidad que averiguado, efectivamente era de Córdoba el chico que arrojó la piedra.

Como he dicho, Don Quix no conocia respeto humano capaz de contener su musa epigramática y su carácter mordaz; dispuesto siempre á herir sin consideracion á clases ni personas. Cuéntase que estando en casa del mismo duque Lerma muy su amigo y favorecedor, entro' el marqués de Astorga, hombre inepto, pero que merced á su nacimiento y otras circunstancias que no

son del caso, ejercia en la corte, o por mejor decir, tenia el título de muchos destinos de pacífico y del Estado.

Cuando el marques entro, Don Luis acababa de decir una de las jocosidades tan frecuentes en él, y el duque de Lenna reía de tal modo, que a fuerza de reír lloraba al mismo tiempo y lo mismo la mayor parte de los que le acompañaban. El marques entro confuso y amostazado creyendo, en su malicia de ignorante, ser la causa de aquella explosion de risas en el momento de su entrada, manifesto al duque su extrañeza de verlo aun tiempo reír y llorar. Entonces Don Luis le dijo desen-

tendiéndose del motivo y corroborando sus sospechas:

Señor marqués, no se asombre de que á un tiempo viva y florezca quien ve un hombre sin empleo y muchos empleos sin hombre.

¡Cuántos destinos sin hombre, y cuántos marqueses de Astorga, encontraría Góngora si viviera en nuestros días!

Finalmente, como muestra de que su buen humor no le abandonó hasta sus últimos momentos, referiré que pocos instantes de espirar preguntándole cómo estaba, contestó: «Como las esperanzas en un hilo y las manos en una maroma.»

Por lo demás, el mérito de Góngora, si necesi-
tara prueba, la tendría, y cumplida, en la re-
volucion que produjo con su estilo, el gran nú-
mero de admirables y partidarios que tuvo y
la aceptación de sus obras en vida y despues de
su fallecimiento. Estuvo frente a sí hombres de
talla de Quevedo, Lope de Vega y la pleiade
de que fué contemporáneo: tan poderosas fuer-
zas armadas, consiguieron únicamente en lu-
cha tan titánica, imitar su carácter y agri-
ar su natural condiciön, pero no dominar su
brio ni destruir su escuela, cuyos discípulos con
su fanatismo y exageraciones estragaron tam-
bien el gusto de su ídolo, e hicieron mas da-

no a su memoria que todos sus impugnado-
res. Por eso, señor don Zeilo, dijo Don Abun-
dio dirigiéndose al exmilitar, es necesario no
confundir el gongorismo, del maestro, con el hur-
maginismo de sus discípulos.

Respecto al aprecio de sus obras direi, que
poco después de su muerte se dieron por premio
en Cordoba en unos Juegos florales o Jus-
tas literanas, como se llamaban entonces, y por
cierto que el segundo, que eran unas medias
de seda negra, lo ganó el célebre Enrique Vaca
de Alfaro.

Las medias, según la calificación del jurado,
eran inferiores en sus puntos con ser delga

dos, á los que él traxó en sus versos.

Que me places, le interrumpió Don Lysenando, el ver tambien dar juicias historicas á Don Abundio. Las juntas literarias donde se dieron por premio las obras de Gongora « enuadernadas en vitela, » fueron en Antequera el año de 1637. Lo de las medallas de Alfaro si fué en Cordoba en las fiestas de la beatificacion de Santa Teresa.

Sea, dijo Don Abundio, réstame solo decir á este señor que duda este Gongora entomado en la capilla de San Bartolomé, que es cosa que no la admite. En juicio contradictorio esta probado y curioso por demas.

son los plutos que sobre ese enterramiento si-
guió Don Francisco de Argote, sobrino car-
nal de Don Luis, y el marqués de la Puebla.

En él consta los canónigos Góngoras que
yacen en aquella bóveda con Don Luis y la
tenacidad con que se luchó, y por cierto que no
sé cómo pertenece hoy esa capilla a la casa
de Almodovar, cuando la de Cabrinana
tiene en su archivo las plantillas de su pro-
piedad.

¡ Qué hombres, señores! ¡ que fibra la de aque-
llos siglos! Durante el famoso litigio, el mar-
qués de la Puebla para interrumpir la po-
sesion que alegaba Don Francisco Argote,

puso en la verja de la capilla un gran candado a fin de inutilizar la llave que de ella tenía Don Francisco; pero habiendo muerto un nieto de éste, llenó de pólvora el candado, lo hizo saltar como una granada durante el funeral, y enterró el niño en la disputada bóveda.

Al llegar aquí Don Abundio, miró atrás casualmente y viéndome tomar apuntes: Vámonos, señores, dijo; vámonos, que de seguro el tree va a aparecer nuestra conversacion en el folletin de la Cronica.

Los Bienes Gananciales

Aquí estamos todos, dije como el duende del cuento, y caí a manera de bomba en medio de la barca en que Don Abundio y sus compañeros se disponían a establecer su tertulia, huyendo de curiosos, en mitad del Guadalquivir.

Por no fatigar a los lectores, puse por alto las explicaciones que me dieron, lamentando altamente ellos y yo estuviéramos en una población y tiempo en que abundan perso-

nas de intenciones aviesas y refinada malicia que interpretan todo, aun lo mas inocente o trivial, para satisfacer sus malos instantos, imitando al prójimo cuando no pueden desollarlo. Yo les supliqué me permitieran dar á conocer sus apellidos para evitar falsas aplicaciones, á lo que se opuso la modestia de verdadero sabio de don Abundio y convinimos que en lo sucesivo yo seria parte integrante de la reunion y me permitirian publicar sus curiosas conversaciones.

Convinimos tambien, en que supuesto que una sola vez al mes se publicaban las

7
Concejales, tambien una sola tarde se dedicasen á ellas; y que en esa tarde se me dejaria la iniciativa de las cuestiones, que ellos ilustrarian con sus conocimientos y la experiencia de sus años.

Aproposito, dije yo; pues empecemos: esta mañana en un papel de especias, porque yo he todo lo que viene á mis manos, he visto el principio de la Ley 13, titulo 1.^o, libro 10 de la Novisima Recopilacion, y desearia saber por qué las mujeres de Cordoba estuvieron fuera del derecho comun hasta la publicacion de esa ley, siendo privadas contra toda razon y justicia de la mitad de los

bienes adquiridos durante el matrimonio.
¿Lo sabe alguno de ustedes?

En eso, señor mío, dijo don Abundio, hay como en todo lo que no consta en documentos, varios pareceres en que el curioso, que aquí es el consumidor, pueda escoger. Nuestro amigo don Pisenando, que es entre nosotros el encargado de la parte tradicional, nos contará el origen, dándole ese colorido a que su imaginación poética se presta, y luego yo, el hombre que por mi profesión, edad y costumbres, debo tratar de la verdad y de lo escrito, referiré, citando si es necesario los comprobantes de mis palabras, los trámi-

tes y peripecias del ruidoso y largo expediente que dió por resultado la ley que ha citado este señor, que aun no sé cómo se llama.

Rafael, para servir á usted, dije yo.

Para servir á Dios, contesto don Abundio á la antigua usanza.

Era, dijo don Simando dando principio para el historial, y para Don Abundio cuento; era, dijo, la caída de una hermosa tarde del mes de Agosto de 1483, cuando por la hoy tapiada puerta de Andujár en la plaza de la Magdalena, salía una lucida cabalgata á cuyo frente iba el Ab

calde mayor y los Veinticuatro y Jurados de la ciudad, procedidos de sus clarines y reyes de armas, y seguidos de la mayor parte de los nobles y hombres buenos de la poblacion, montados en caballos que con decir que eran cordobeses de pura raza, digo cuanto pudiera decir.

En medio de su comitiva la ciudad, como entonces se nombraba al municipio, en dos mulas que por lo valiosas y pacíficas parecian de canónigo u obispo, iban sus dos escribanos de cámara y llevando uno el libro de los Evangelios y el otro el del fuero de la ciudad de Córdoba, ambos escritos primorosamente en

71
vitela y encauadrados en terciopelo con can-
toneras y broches de oro.

No anduvieron mucho, por que en aquellos tiem-
pos de servilismo y abyeccion, como hoy se les co-
lifica, no se salia a recibir los reyes al confin de
la provincia, ni al limite del territorio; se les es-
peraba no muy lejos de las puertas de la ciudad,
y al homenaje del vasallo precedia siempre la
promesa del señor de respetar los fueros, usos y
costumbres de la nueva tierra en que iba a sen-
tar su regia planta.

La cabalgata, a' la cual seguia una gran par-
te de la poblacion viril, se detuvo en el arroyo
de Pedroche, y a' poco por el camino que atra-

viendo un profundo silencio que entonces se es-
tendia hasta la fuente vieja de Aldeas, apa-
recieron hasta unos doscientos hombres de ar-
mas, en hileras, que el sol poniente reverberan-
do en sus arneses, hacian parecer un riachuelo
del limpio arroyo, serpenteando sobre la verde al-
fombra del espeso bosque.

Luego, vieron llegar los reyes de armas, y
los clérigos: luego, los ricos-hombres de palacio
rodeando el blanco pendon real, y después sobre
una magnífica hacanea con gualdrapas y pa-
ramentos de lino de oro, que dos palafre-
ros conducian de la brida, vióse una señora tan
hermosa como afable, pero de tanta majes-

75
tad en su porte, que aun viéndola sola, nadie
dudaría en reconocerla como la poderosa reina
de Castilla doña Isabel I.

A su lado, echado sobre el arzon delantero
para poner su faz adusta y suspicaz al nivel
de la bondadosa de la dama, un caballero ar-
mado hasta los dientes como solia decirse, ca-
minaba refrenado su poderoso corcel, que de
cuanto en cuanto pegaba su mal humor
mordisqueando ya a la hacanea de la reina,
ya a los julefreneros que la conducian.

Sabeis, señora, dijo el caballero, que no era
otro que el rey don Fernando V. de Ara-
gon, que estos usos de vuestra Castilla son

imitantes por demas. Es depresivo, si a' la dignidad del rey esto de que a' cada instante, cualquiera ciudad o villa de algun valor, le cierre el pago a' sus señores exigiéndoles el juramento de guardar esos que unos llaman solamente fueros, y otros mas osados apellidan libertades. ¡ Ah! Si algun dia llego a' plantar nuestro pendon real sobre los muros de la Alhambra, yo aseguro que en nuestros reinos no ha de haber mas fuero que el fuero de la Corona.

Veo, dijo la reina sonriendo, que con la distancia habeis olvidado el temple de vuestros pueblos de Aragon, y que aun no conocéis la

allívez de los nobles de mi Castilla: en mis
días, don Fernando, dejad como están las cosas
de mi reino, que esas libertades que tanto os
inconducen son el sostén del trono castellano.

Algo por, dijo la reina sonriendo aun mas,
es el si non, non de nuestros aragoneses.

Don Fernando se mordió el labio, puó el
caballo y se adelanto a dar órdenes a los ca-
balleros que le precedían.

En tanto, y ya cerca del arroyo, los hom-
bres de armas formáronse en batalla, no correc-
ta sino haciendo un semicírculo, anfiarizados
los lanzones y caladas las víceras: los nobles
que escoltaban el pendon real se colocaron en

el centro: el duque de Benavente descabalgó
y ocupó su sitio de Condestable al lado de
Su Alteza y lo mismo los otros ricos hom-
bres: batieron marcha los clarines, y los reyes
avanzaron lentamente hasta pasar el seco can-
ce del Pedroche, cerca del cual el Alcaide ma-
yor, los Veinticuatro y Jurados de la ciu-
dad y la parte mas granada de ella, des-
cubiertos e hincada una rodilla en tierra, los
esperaban. Al frente algunos pasos delante y
cerca uno de otro, los dos escribanos de Su
Señoria hincadas ambas rodillas, sostenian
sobre sus cabezas abiertos el libro de Evan-
gelios uno y el fuero de la ciudad el otro cu-

78
ya conservacion y respecto habian de jurar
los reyes, antes de jurar el recinto de sus mu-
ros.

A una señal de la reina, paróse la ha-
canca y doblando las rodillas, pegó el vientre
a la tierra hasta que los pies de Isabel I
tocaron el suelo, e irguiéndose con la misma sol-
tura y majestad que si se hubiera levantado
del trono, alargó la mano a su esposo don
Fernando y se dirigieron al sitio en que de-
bian prestar el juramento; pero antes de llegar
a los notarios, la reina se paró y puso su vis-
ta atónita, admirada, sobre los caballeros cor-
dobeses que tenía ante sí.

Allí estaban el conde de Cabra, don Alonso de Aguilar y su hermano don Gonzalo, el futuro Capitan famoso; allí estaban los Carcamos, los Bocanegras, los Angulos, Aguayos, los Rios, cien jóvenes, en fin, todos por casualidad hermosos y brillantes por su atavío, riquezas, costura y marcialidad adquirida en la continua campaña en que por su proximidad a la frontera estaban los caballeros cordobeses. -; cómo serían de hermosas las mujeres de Córdoba, cuando los hombres son así! (1) dijo admirada de tanta gentileza, la reina Cató-

(1) Distorico

lia, y dirigiéndose á donde los escribanos estaban, puesta una mano sobre el libro de los Evangelios y la otra sobre el fuero de Córdoba, juró por sí y en unido con su esposo, conservar lo que allí se contenia.

Por Dios, don Lisemando, le interrumpió el militar don Zeilo, mire usted que lleva media hora de charla y hasta el presente no sabemos qué conexión tienen los reyes Católicos con los nananciales de las mujeres de Córdoba, que es en lo que estamos interesados y no en saber si los reyes juraban ó no juraban los buenos usos y costumbres de la ciudad, por que eso de fuero especial creo que lo ha sonado usted,

asi como la novela que nos referia. ¿Cómo novela? dijo don Lisnando, a quien la cólera puso el rostro como un pimiento rojo; lo que digo es tan cierto, que puedo enseñarle el acta y la formula del juramento prestado por don Felipe II, antes de entrar en nuestra ciudad, y el fuero que San Fernando dio a Córdoba y despues a Carmona; que a estor en práctica muchos de los presentes hace tiempo que no estaríamos en estado de disputar, que pecadillos muy veniales hoy y en que todos hemos caído, estaban severisimamente penados en ese fuero de cuya existencia duda. Pero ya se ve, usted cuya profesion ha sido tan

contraria a' las letras, que entiende estas cosas.
 Señor mio, dijo don Xoito con mas calma de
 la que era de esperar de su carácter; las ar-
 mas y las letras no se excluyen; el hombre es-
 tudioso lo es en el campamento, en las ciuda-
 des, en todas partes y a veces con aplicacion se
 aprende mas en el cuartel que en el aula,
 ¡que no hay libro que enseñe al hombre ob-
 servador, lo que los viajes y el trato de los o-
 tros hombres!

Pero ya se ve, para algunos, los militares no
 entendemos mas que de tajos y reverses, ni
 debemos hablar como usted decia la otra tar-
 de mas que de quintos y medias vueltas. Pues

señor mío, sepa usted que hay muchas clases
de fanfarrones y que si hay cobardes que la
echan de valientes, hay tambien muchos igno-
rantes que creen sabiendo todo y ni siquiera sa-
ben lo que ignoran.

La otra tarde estuve oyendo desatinar res-
pecto al poeta Góngora y sostener que el ha-
ber tomado el apellido materno habia sido por
que como poeta lo habia preferido como mas
sonoro que el de Argote. El que tal sos-
tuvo, no supo lo que se decia; no fue don Quij
el que tomó el nombre de su madre, nió que
encontró con él, por que su padre no tenía o-
tros bienes que su vara, sus juzgados, como

72
diríamos hoy, y lo que es mas ni aun esperan-
zas, por que los mayorazgos de Cabrana y
Villacañon, andaban entonces en otras líneas dis-
tintas de la suya, y aun su cuñado prior del
Puerto, habia fundado un vínculo que des-
pues se unió á los nombrados y al cual eran
llamados en primer lugar los hijos de su her-
mana: de aqui, el que don Francisco Ho-
yote para complacer á su cuñado dió á sus
hijos varones el apellido materno, conservando
á las hembras el suyo, como no llamadas á
la posesion del vínculo de su tio. Don Abun-
do que dice haber visto la partida de bau-
tismo de Congora y nos citó hasta su libro

y folio, ha podido ver tambien las de los hijos de su hermano, en que aparecen como hijos de don Juan de Gongora y Argote como todos sus sucesores, hasta su union con la rama de los poseedores de Cabrana.

Y a propósito, para que ustedes vean que tambien los soldadotes sabemos escurrir, y ser ratas literarias, allá va el soneto que don Albinio sentia no haber encontrado en las colecciones impresas, cuando refiriéndose a Alfaro nos contó la prision de don Luis por su letrilla.

Arroyo, en que ha de parar.
El soneto inédito dice así:

No mas moralidades de corrientes
 bien sean de arroyuelos, bien de rios,
 corran apresurados, ó tardios,
 que no me hizo Rios conde de Fuentes.

A un rincón desviado de las gentes
 apelaré de todos sus desvios
 chora que abrigue ya los años míos
 aunque pajas me cueste impertinentes.

Ministros de mi Rey, mis desengaños
 los pues os besan desde acá, sea miedo
 ó reverencia, a safpapas tamaños.

Adios, Mudo; en mi quietud me quedo
 por esconder mis postrimeros años
 al señor Nuncio, digo al de Toledo

Ya sabrán ustedes, que en Toledo el Nuncio es como si en Córdoba dijéramos San Pedro de Alcantara, y...

Pues amigo don Zoilo, dijo interrumpiendo a su vez don Lisenando: sus rectificaciones de usted tienen la misma analogía que los cenos de Uluda con los gananciales, que tanto interés le merecían. Mientras que nos ha contado eso que nada tenía que ver con nuestra conversacion de hoy les habria referido yo la entrada en Córdoba de Isabel I. que tiene tanta relacion con la que esta tarde nos ocupa, como oira el señor don Zoilo, aun cuando a él le pareciera lo contrario.

Saltando, por que ya no hay tiempo si hemos
 de escuchar a' don Abundio, sobre la entra-
 da de los reyes y su instalacion en el Alcá-
 zar, hoy cárcel, diré que como la gran Isa-
 bel no solo era modelo de reinas, sino tambien
 de esposas, y se jactaban de que su marido no
 se ponía camisa que ella no hilara y cosiese...
 Segun, esa, dijo un don Sabote de quien no
 hemos hablado y que es el bufon de la tertu-
 lia, Fernando V gastaba camisas de tiruico,
 como cualquiera de nuestros gañanes.
 La observacion pasó desapercibida, y don
 Lisando continuó:
 Habia entonces en la torre del homenaje, y

aun se vé en su muro la señal de el sitio que ocupó, un volado balcon, desde el cual en épocas posteriores, se hacia la proclamacion de los reyes á su advenimiento al trono; y en el cuartan, que todas las tardes sentabase la reina con su rucua á hilar su diaria tarea, despues del despacho de los asuntos del reino y sus preparativos de guerra contra Granada.

La aficion á los espectáculos gratis, es muy antigua en nuestra ciudad; las buenas dueñas y doncellas de aquel tiempo, solitas y constantemente andaban á ver trabajar á Su Alteza, que en su laboriosidad no podia menos de mirar con ceño la holgazaneria de las hembras

de una ciudad, donde los hombres de aquel tiempo estaban ocupados, siempre, cuando no en el campo ó sus talleres, en la frontera lidiando con los moros.

Entonces fue cuando espidió la célebre ordenanza por lo cual y en castigo del abandono en que vivian sus casas por la satisfacción de una curiosidad pueril, las cordobesas fueron puestas fuera de la ley comun, privándolas de la parte de bienes adquiridos durante la sociedad conyugal; pues la justicia de la gran Isabel, no creyó que la mujer que no cumplia con la obligacion de ayudar á su marido con su trabajo, ó con el cuidado de la

conservacion y acrecentamiento de sus bienes,
no debian gozar de los beneficios á que no ha-
bia contribuido; robando, dicen que decia la
ordenanza, á los hijos lo que solo su padre les
habia ganado.

Este es el origen que tuvo, segun lo que siem-
pre he oido contar á las viejas conadres de nu-
estros barrios, la costumbre o ley, única en estos
reinos, que la ley de la Novísima citada, de-
rogo. Ahora, el señor don Abundio que se
ha reservado esa parte, nos contará el cómo y
porqué las cordobesas volvieron al derecho co-
mun.

Don Abundio sacó su caja, y no con el pul-

gar y el índice, sino con todos cinco dedos, tomó un martillon de curacha, que aspiró con fruición y empezó así, escuchado con sepulcral silencio.

Efectivamente, tal como don Sizenando nos ha contado, es el tradicional origen que se daba en Córdoba a la costumbre de privar de gananciales a sus mugeres; pero no estoy conforme en que por ordenanza escrita, según nos ha dicho, la reina doña Isabel lo dispusiese. Al menos a mí me consta, que tal ordenanza no se encontró ni pudo hallarse ni aun citada en documento alguno cuando en 1789 el diputado del común de nuestra ciudad, don Blas Ma

miel de Codes, promovía el expediente para abolir esa costumbre irracional, y que solo afectaba a las clases medias e inferior, pues la elevada la eludía estipulando en sus contratos esponsales, la participación de la mujer en los bienes que en el matrimonio se adquiriesen.

Que no existía ley, para mí es claro, pues supongo que contra ella y más siendo tenia como castigo, no se hubiera permitido esas estipulaciones que la burlaban. Lo que si creo es, que en la formación del expediente no hubo toda la agilidad y destreza que debía y merecia un asunto que no solo afectaba a los intereses, sino tambien a la buena fama de

nuestras cordobesas: y digo que en el expediente no hubo toda la destreza deseada, cuando el Consejo de Castilla despues de oir á la Real Chancilleria de Granada, dió un informe que si bien favorable á la abolicion, era ambigüo respecto á la causa de una costumbre que por lo mismo que era inmemorial, en tantos siglos debian de haber ocurrido casos mil de abinstitato, en que constase su observancia ó falta de cumplimiento. «Casos, decia el informe, que se habrian hallado, si por el Ayuntamiento se hubiesen buscado con mas diligencia.»

Lo cierto es, que el expediente quedó por en-

8
tonces sin resolucion alguna, si un hombre con
la energia que presta la razon, el sentimiento
de justicia y sobre todo el amor, ocho años des-
pues, es decir, en 1797, no se hubiera encargado
de darle impulso.

Hay en Cordoba un labrador honrado,
a quienes todos conocemos, celebre por sus origina-
lidades de buena ley. Su abuelo, llamado
Juan Fernandez, era rico, y sus bienes tenian
el origen mas noble que puede tener la rique-
za: su trabajo. Su esposa Maria Gomez,
honrada como el, modelo de esposas y de
madres, no habia llevado al matrimonio, asi
como el, otros bienes que su virtud y labo-

riedad.

Juntos, soldados de los campos, habian adquirido sus primeros bienes a costa del sudor de sus tostadas frentes, habian fomentado despues las riquezas que Dios les concediera, él con su inteligencia en las labores y ella con su economia y cuidado. Juan Fernandez amaba a su Maria, como se ama a la compa-
 ñera de nuestras fatigas y satisfacciones, como debia amar a la madre de seis hijos, que eran seis exactas reproducciones suyas, y su alma generosa se desgarraba ante la consideracion de que si él moria, su esposa, que habia como él ganado con su trabajo personal

113
los bienes que tenían, no gozará de ellos y una
ley ó costumbre injusta la dejara á merced
de sus hijos.

Juan Fernandez pensó en testar dejando
á su esposa la mitad de sus bienes, que segun
su conciencia le correspondia, y para ello recu-
rrió al corregidor, y éste ordenó el nombramien-
to de procuradores á los hijos menores de Juan
Fernandez, á fin de que fuesen oídos, puesto
que contra las costumbres iban á ser privados
de la mitad de la herencia paterna. Ellos
y los hijos mayores se conformaron; y el corre-
gidor dió su aprobacion judicial á una dis-
posicion tan conforme á la razon natural

y á la justicia; pero este convenio no ofrecia al carino suspicax que Fernandez tenia á su esposa, suficiente garantia de estabilidad; él queria morir con todas las seguridades de que Maria Gomez disfrutaria por derecho, de lo que por derecho le correspondia.

Juan Fernandez para conseguir su objeto, marchó á la corte á echarse como entonces se decia, á los pies del Rey. Su ruda franqueza, la nobleza de sus sentimientos, el santo amor de esposo y la poderosa fuerza de la razon que le animaba conmovieron al monarca y sacando de su olvido el ya emprobadado espediente de don Blas Manuel

de Codes que volvió á la Chancilleria y
al Consejo, produjo la ley 13, título 1.^o
libro 10 de la Novisima, que hizo entrar en
el derecho comun á las mugeres de Córdo-
ba, dándole la correspondiente participacion en
los bienes ganados en el matrimonio.

Señores, añadió don Albuñdio limpiándose
el sudor del rostro, y despues de mandar al
barquero nos acercase á la orilla, por que ya
iba oscureciendo, cada vez que encuentro en la
calle á los descendientes de ese honrado labra-
dor, á quien tanto deben nuestras paisanas, los
saludo con igual respeto que á los orgu-
llosos magnates que cuentan entre los

balzones de sus mayores, la libertad del
tributo de las *Guin Noucellas*.

V.

El San Rafael de Castillo.

Estamos en pleno otoño, y mis nuevos ami-
gos que no quieren ser feuidos por nadie mas
que por quien son, abandonando la *Victoria*
y la *Ribera*, han dispuesto, sin presentes ni
considerádos, establecer su paseo de invierno en los
trabajos de la proyectada estación del Ma-
nubial, cuando comiencen, y entre tanto te-

ner sus tertulias en el Calvario de los Pa-
dres de Gracia. Ya se ve, ellos son celosos de
su autonomia. y tienen que andar de Zaca en
Meca, si han de lograr el conservarla.

¡Quién habia de creer, que en el afan im-
morado de ser que corre la sociedad, has-
ta el papel del murmurador habia de ser
ambicionado!

Hoy que todo se inaugura, nosotros tam-
bien quisimos que nuestro nuevo paseo, lo fue-
ra, y elegimos el dia 1.^o del presente mes, que
era el señalado para que bajara a la ciu-
dad su excelcia Conquistadora; nuevo motivo
de celebridad, que hacia de necesidad impres-

indible su poquito de gaudeamus que siempre, y hoy mas, es el tema obligado de toda clase de festejos.

Después de la merienda, sentados cabe el arroyo de Pedroche, como diria un poeta, por cima del fuente, pero no lejos del camino que habia de traer la procesion yo queria que don Abundio nos contase algo de la historia de la Santa Ymaigen objeto de la devocion del dia, mas todo en vano; nuestros contentulios no le dejaban, como suele decirse, meter baza, ocupados con la conversacion no de lo que anda, sino de lo que se tiene, que á cada momento se hacia mas acalorada.

Si señor, lo sostengo, gritaba con toda la fuerza de sus pulmones don Faudila; uos cordobés, ni aquí ha nacido, ni sangre cordobesa tiene en sus venas, el cobarde que anda cargado de alcanfor, lleno de azufre los ropajos y sujeto á dieta por temor al cólera.

Pues yo soy cordobés, decía Don Lixencando en tono igual á don Faudila, y he nacido en Cordoba como todos mis abuelos, y traigo con arreglo al método que publicó La Crónica, una cucharadita de azufre en cada calcetín, y siguiendo al Diario mi botecito de espíritu de alcanfor, y en

casa tengo preparado el coñac, y la cataplasma de incienso y ajos y los masturuzos, y guardados como oro en patio, todos los métodos curativos y recetas que han publicado los periódicos de la corte y las provincias.

Y con todas esas precauciones, le replicó don Taudila ha olvidado la principal, que es desprenderse de las dos toneladas de cerote que lleva siempre encima, por ser mal cordobés, ya que se dice nacido y oriundo de esta ciudad.

Y diga V. señor mío, consiste el ser cordobés en ser descuidado e imprevisor? porque

en su caso el Ayuntamiento ha merecido
bien de la ciudad, por su cordobalismo.

Justo, si señor, justo; los concejales, respondien-
do a las tradiciones de aquella corpora-
cion, a la fe y segura esperanza del pue-
blo que representan, acordando en los mo-
mentos de mayor peligro y temor, una pro-
cesion y funcion de gracias a sus Santos
tutelares, cuando en otras poblaciones pasa-
ra la calamidad, han dado una gran
muestra de eso que usted ha llamado cor-
dobalismo. Quédese el alfanfor y el aru-
fre, y los mastranzos, y todos esos remedios
humanos que V. a enumerado, para otras

pollaciones: nosotros no necesitamos de eso; nosotros tenemos la Medicina de Dios. Aquí, auxilió don Jaudila sacando la cartera, esta el remedio de todas las enfermedades: venga el cólera, tormentas, terremotos; yo desafío a todas las calamidades juntas o separadas, mientras tenga aquí la imagen del Custodio, y en el corazón la fe heredada de treinta generaciones, que experimentaron su protección poderosa.

Pues fíate de la Virgen y no corras, dijo don Liguando, a quien los continuos besos - que de cuando en cuando daba a una gran bota de río Montilla con que todos re-

mojábanos la palabra, se iba poniendo ya
entre merced y señoría. H. Dios rogando y
con el mazo dando. dice el refrán, y a' eso
me atengo: además, que el santo Hugel a
pesar de sus promesas y juramentos, no siem-
pre está de humor de protegernos, y sino;
dígame la epidemia de 1650, en que 16000
cordobeses que por el hecho de serlo, segun
don Pandila, serian sus devotos, fueron con
toda su fe a' verle a' las barbas del Padre
Eterno.

Y él dijo don Abundio que hasta en-
tonces habia guardado silencio observando
el giro que la conversacion llevaba, él

9
les daría el premio de ella. Ha hecho V.
una cita, señor don Leonardo, que precisa-
mente prueba todo lo contrario de lo que V.
intenta. Esa epidemia horrible, si pero no tan-
to ni con mucho como la que nos cuenta la
Crónica de Gil Gonzalez de Avila en que
murieron 70.000 personas de esta ciudad, en
solo cuatro meses: ni como otras muchas que
se han padecido antes de que se nos prome-
tiera esa custodia de que V. se muestra tan
poco confiado, esa epidemia, repito, judicial
y debiera considerarse como la prueba mas evi-
dente de que la confianza que una ver-
dadera fe inspira, dispone el ánimo para

arrastrar y vencer toda clase de peligros:
que la fe con la cual J. C. dijo que podría
transportarse una montaña, es el mas poder-
oso de los preservativos que Dios nos da:
que nuestro Custodio, en fin, fiel á ese jura-
mento que por su Criador nos hiciera, no
abandona mas que á los que en él no es-
peran. ¡ Ah! si nuestros abuelos, don Si-
món, cuya piedad contribuyó á levan-
tar ese hermoso Puylo que su fe bautizó con
el nombre del Juramento, abriáran la
cabeza, de seguro que no reconocerían por
su nieto al que no había heredado su con-
fianza y su piedad. Que diría también

si nuestro pintor Castillo resucitara... pero
 en este momento recuerdo, que lo que es a Cas-
 tillo le pasaría lo que al cura con el sacris-
 tan... que vistió al Cristo de soldado romano,
 que no conocería su obra, y que el amor a su
 divino arte, lo primero que haría sería pre-
 guntar por su cuadro célebre, su Arcán-
 gel, a quien han robado la inspiración,
 la vida que él le diera, y cuyo origen, inte-
 nín llega la procesion le contare' a ustedes,
 porque está entizado con la espantosa his-
 toria de esa peste que don Simando nos ha
 presentado en apoyo de su poca fe.
 Don Pandita sonrió con satisfacción, don

Resumando acariós de nuevo la bota, echó
un trago para poder pasar los malos ra-
tos que le estaban dando, y pasándola de
mano en mano, corrió hasta llegar a don
Abundio, que sin probarle, la colocó tras
sí y empezó su narración de esta manera:
Cerca de un año llevaba de epidemia la
gran Sevilla, si bien no de una manera tan
cruel, como en los últimos meses en que hubo
día que mil y quinientos (1) de sus moradores

(1) Tríniga, Anales de Sevilla, pág. 709.

(2) Yd. id. pág. 710. fue pasaron de 200.000 los muertos

(3) El Dr. Alonso de Vargas en su Tratado de la peste,
pág. 37 dice que en Córdoba se perfirió comunicarse el con-
tagio por un gato que pasó de una casa a otra.

(4) Durante los bandos de Alonso X y Sancho el Bravo.

fueron llevados á macizar los 24 carreros en
que ya estaban mas de cin mil cadaáveres de
sus hijos. (2) El espanto era general: toda cla-
se de afeciones habian desaparecido ante un
mal que al menor contacto se comunicaba (3):
los cadaáveres, aun de personas principales, eran
amostrados con garfios y cuerdas á los carros
en que se conducian, y como si el ruido á
la muerte que todos veian cerca y segura
no fuera bastante á contristar los ya decaí-
dos ánimos, á tantos horrores se añadia el
del hambre, precursora y auxiliar terrible de
la peste que no dormaba, sino que dejaba
solo con vida una vigesima parte del pue-

blo de que se hacia reina y señora.

Córdoba y Sevilla, con solo una excepcion
(4) siempre han sido hermanas; si yo hubiera
sabido la conversacion que iba a promoverse,
habria traído la curiosa carta que nuestra ciu-
dad describió a aquella, doliéndose de su des-
gracia y ofreciéndole cuanto en sus manos estu-
viese: Córdoba uniendo las obras a los ofre-
cimientos, envió médicos, confesores y bastimen-
tos en tanta cantidad, que dice un historia-
dor contemporáneo a los sucesos, que el ca-
mino de esta a Sevilla era todo él como el
de las cercanias de un pueblo la víspera
del día en que va a celebrarse en él una

gran feria.

Decia don Paulita, que si el cordobesismo era la imprevision. Si, cuando la caridad nos llama, cuando la fe nos anima, los cordobeses no prevenimos los males que aun no han llegado y en que nunca creemos interin no los tocamos. Y hay una razon para que suceda asi, nos pasa lo que al valiente que consultando solo a su brio nada teme; a la vanidad de la riqueza y fertilidad de nuestro suelo, a la fe y esperanza en esos protectores invisibles que nadie ve pero todos sienten, se une la experiencia de que nunca hemos tenido que arrepentirnos de nuestro desuido

porque ante el peligro no hay cordónes co-
barde, ni miserable á la vista de cualesquier
desgracia, y llegado el caso, no basta herir
la tierra con el pie, como el héroe mitológico,
para hacer brotar de ella cuanto la necesi-
dad reclama.

Los socorros enviados á Sevilla produje-
ron en nuestra ciudad una carestia espun-
tosa; baste decir que llegó á valer dos rea-
les un par de huevos, cuatro reales de á
ocho una gallina y cinco un carnero, precios
entonces fabulosos. La peste se acercaba y na-
die pensaba en ella: creían que como los
años anteriores se cebaría en los puertos, y

91
aun cuando no se permitia la entrada á
los fugitivos de Sevilla, no se prohibia la co-
municacion con ellos, y habia infinitad de
gentes dedicadas á conducirles comestibles y
otros efectos, á las huertas y cañeros de la si-
erra, que estaban llenos de ellos. El estado sani-
tario de la ciudad era tal, que un médico lo
calificaba de epidemia de salud, y su fama
corriendo por toda la nacion hacia que el
nombre de Córdoba fuera una patente de
sanidad, á que nada le cerraba el paso. De
aquí, el que el comercio estableciera depósitos
de mercancías procedentes de puntos infesta-
dos, especialmente sederías de Valencia, que

de aqui se llevan á otras partes y en todas eran admitidas con la salvaguardia de nuestro nombre.

Pero llegó un dia infausto, el 9 de Mayo de 1649. y un hombre del barrio de Santa Marina que habia admitido en una huerta suya á un sevillano enfermo, le comunicó la calentura bubonaria y en dos dias pasó á la eternidad. Su viuda regaló una prenda del difunto á un pariente suyo del Corral de Banuelos en la calle de la Madera y el agraciado va á los tres dias á visitar su afín, y en ocho mueren otros tantos vecinos de la misma casa.

Hay en Córdoba un escritozeulo de tres
al cuarto, con el que tengo pendiente cierta
cuenta, que en un artículo que sobre un vo-
to de la ciudad publicó en el Diario del
8 de Diciembre de 1863, se permitió decir
que la peste y las opiniones encontradas de
los médicos, habían arrebatado á Córdoba
16.000 de sus hijos.

No hay, señores, una clase en la sociedad que
en todos tiempos haya sido tan zaherida y
calumniada como la clase médica. He reflexio-
nado muchas veces sobre esto, y no me lo es-
plico sino por la tendencia á la ingratitud
que tan inherente es á nuestra condición. Un

médico es el amigo á quien recurrimos en la
necesidad y que una vez socorrido, desde el
momento que se convierte inglés, lo detesta-
mos tanto mas, cuanto mayor fue el apuro
de que nos sacó. Se le critica sus controver-
sias, sus disputas, sin tener en cuenta que aun
cuando no debieran ser, los sabios son siempre
intolerantes, por que muy pocas veces al ár-
bol de la ciencia deja de adherirse la yedra
de la vanidad. Y verdaderamente, señores,
el calor con que sostienen sus opiniones, está
justificando con la importancia de los pun-
tos que se ventilan en ellos, por que cuan-
do se tiene fe y se cree bueno como el mi-

90
dijo siempre creí su parecer, no se puede sin
faltar a la conciencia dejar de defender el
bien que debía hacerse o el mal que trata
de evitarse. Esta digresion ha sido neces-
ria, por que los espíritus superficiales leen sin
estudiar la historia, y sientan luego apre-
ciaciones, que otros hacen pasar por verdades
que están muy lejos de serlo.

Entre los médicos que entonces habia en
Córdoba llababan la voz el Doctor Al-
onso de Búrgos y Oliva, ya célebre en
el mundo de la ciencia por su método cura-
tivo y Uso de la nieve y el tambien Doc-
tor Nicolás de Vargas Valenzuela, más

historiador que médico, y a quien otros intereses llamaban la atención mas que los intereses de la facultad.

La ciencia de curar no contaba en Córdoba mas que con diez individuos: como médicos, los dos nombrados y los Licenciados Juan de Larduy, Juan Benito Soria y Melchor Moyano, y los Profesores de cirugía Licenciados Diego Figueroa, Pedro Ruiz, José Murillo, Alonso Armenta y Juan de Miranda; y cuyos nombres he querido consignar, por que este puñal a quien vió tomar apuntes, deseo no lo olvide al publicar en la Crónica esta conversacion;

97
que los que merecen bien de sus semejantes,
deben ser recordados ya que no sea posible
borrar sus nombres.

Déjase, pues, que la epidemia en 15 días
había producido diez casos de resultado fu-
nesto, como dicen los telegramas de Gibrat-
tar, a los cuales hay que añadir otra mu-
jer muerta y enterrada con el mayor sigilo
en la parroquia de San Andrés; y aquí
empieza el período causa de que exhorto
como he dicho de poco más ó menos (1) se

(1) Dado que no se usa que la chamoza de maestro,
el exhorto a quien se alude, es el mismo autor.

han valido para decir que las opiniones en
contradictorias de los médicos produjeron tantas
víctimas como la peste, lo cual está muy lejos
de la verdad.

Pasó si, que el sabio Burgos, médico de
conciencia antes que todo, al observar el primer
caso lo calificó de epidémico, y los otros, no
por que los engañase su ciencia, sino por
razones de conveniencia calificaron el mal
como hoy se califica el cólera, de esporádico.
El primero, decía, que en una enfermedad
tan contagiosa en que había bastado pa-
ra comunicarse, el que una mujer de una

cosa apostada abraxase a' otra. (1) no debia ocultarse la verdad y tomarse en su consecuencia medidas que aislasen el mal. Decian los segundos, que no debia alarmarse la poblacion por unos cuantos casos aislados; que una vez en la ciudad, no habia medio alguno de incomunicarlo, y que el miedo de saber era nuestro huésped, contribuir a desarrollar la enfermedad.

Esta opinion, como mas conforme a los intereses del comercio, que he dicho favorecida nuestra fama de sanidad, y en que todos

(1) Bungeo, Tratado de la peste, pag. 17.

estaban interesados, prevaleció. Sin embargo
tomáronse medidas rigurosísimas respecto á
aislamiento, cerráronse todas las puertas de
la ciudad, menos cuatro, donde se estable-
cieron guardias al mando de personas de
representacion, que no pudiesen ser gana-
das, y todas las tardes se reunian en la
puerta del Rincon 20 jóvenes á caba-
llo que se remudaban por parroquias, los
cuales se ocupaban en rondar las afueras
de la muralla y vigilar los vados del
Guadalquivir. A medida que el mal
progresaba en el interior, se aumenta-
ban las precauciones con los de afuera, has

9
la un punto que rayaba en nimiedad,
pues habiéndose depositado en la Cala
herra porcion de cargas de sederia hasta
averiguar de donde procedian, justificado
ser de Valencia, fueron quemadas en la er-
mita de San Julian, y se obligó á unos
franceses que intervinieron en la quema, á
hechar sus vestidos al fuego, y venir un
gran trecho en cueros hasta el punto en
que estaban las nuevas prendas que ha-
bia de vestir para entrar en la ciudad.

En vano el Dr. Birgos clamaba que
dentro de la ciudad era donde debía mi-
rarce, precavese y aislar el mal, su voz

era ahogada por sus compañeros, á quien
negaba la pública opinion; lo único
que consiguió por entonces fue la crea-
cion de un hospital de prevencion á don-
de tuvo la desgracia de ser él quien
mandase los primeros enfermos.

Es necesario, decía, á la mañana siguiente
de estrenarse el hospital, un vendedor de
cintas, en la puerta de su tienda de la
Espartería, que el Dr. Burgos que ha
bajado á la plaza, conozca al subir de
ella, que la ciudad está indignada con-
tra él como perturbador de su sosiego.
Dibómosle cuando suba, decir otro ve-

cino de frente.

No, gritaba un tercero, es menester algo mas expresivo, puesto que el ha escrito las excelencias del agua de nieve, refresquemos lo chapurandolo en el Guadalquivir.

Aprobado, aprobado, dijeron todos; oyo a tanta que ya sube.

En efecto, por la estrechura del gallino aparecio el Dr. Alonso de Burgos, seguido de un robusto gallego conductor de su bien provista casaca.

El Dr. Burgos era un hombre como de 50 a 55 años, alto, sencillito de agraciado rostro, pero grave en su anchura

y arrugada frente se retrataba el talento
y la prudencia; en su mirada el valor;
en la musculatura de su brazo la fuerza
que residía en él. Con arreglo á su
profesión, vestía rigurosamente de negro;
su mano izquierda, se posaba en los ga-
vilanes de una espada, que algo mas
que de adorno parecia destinado á ser-
vir.

El bravo que habia propuesto el cha-
puzón á la vista del Dr. se colocó
tras el mostrador de su tienda y vuel-
to de espaldas, teniendo todavía el
vulto, introdujo dos dedos en los labios

y lanzó un largo silbido, que repitieron y continuaron todos los tenderos que estaban en sus puertas, y la multitud que llenaba la calle.

Es por ventura á mi, dijo Alonso de Burgos, parándose ante el conillo mas numeroso, á quien silbais?

Vos, si, por visionario, por aprensivo, por uicio, por ignorante, por enemigo y turbador, del orden de la ciudad, gritaron veinte voces en tumulto.

¡Visionario! ¡aprensivo! ¡uicio e' ignorante! repitió el Doctor con amargura y se cruzó de brazos, mirando con atencion una tras otra aquellas fisonomias, procurando recor-

darlas.

Al río; banémoslo en el río, volvió á gritar el populacho. Los tenderos se habían convertido en espectadores de la escena que habían promovido.

¿Hay entre vosotros alguno que se atreva á echarme?

Go, dijo un hombreton de mala facha y peor gesto, al parecer regaton de la Corredera, poniendo sobre el Doctor la mano.

Alonso de Burgos, al mirar aquella fisonomía, sintió rasgarse el corazón, palideció primero y luego se enrojeció de ira.

¡Miserable! Dijo con voz convulsa, ¡miserable!

1
rable! y le sujeto el brazo como con una tena-
za de hierro. Esta mano que has puesto so-
bre mí, hace tres años que estaria cortada,
si el ignorante y necio hoy, Alonso de Bur-
gos, a quien entonces blasfemo, llamabas tu
ángel salvador y tu Dios, no te la hubiera
conservado. Pasó atrás, cínquidí; ¡ingratos! casi
todos vosotros me debis la vida; pero, mas
que vuestra ingratitud me duele vuestra ce-
guedad. Antes de quince dias la muer-
te habra arrebatado a la mitad de vosotros
y los que resten tendran entonces que re-
currir a mi ignorancia: la religion manda ol-
vidar; contad con migo, como si no me hubie-

raz encontrado desde vuestra última dolencia.

Y seguida, apartando suavemente de sí al que se había atrevido a tocarle, atravesó los grupos que silenciosos se abrieron ante él; dobló la esquina de los Marmolejos, y se perdió entre los vendedores de la plaza del Salvador.

Desgraciadamente el Doctor Buígoz no se engañaba: a la calle de la Madera había seguido la plaza de los Alfareros, y todo el barrio de San Hipólito; hoy aquí, mañana allí, había ido sintiendo el aroto. Entonces, como hoy, también el desgraciado que

se convertia en caso, que entonces se llamaba
herido, moria deshonrado; pero aun mas, por
que no era á la intemperancia en los alimen-
tos á lo que se atribuia un mal, cuyo sín-
toma principal, el bubon en la ingle, el vul-
go neciente lo atribuia á consecuencia del vicio
y la prostitucion, lo cual hacia que los en-
fermos y sus familias, ocultasen la enferme-
dad al principio, y sus resultados fuesen
mas funestos, que tan generalmente lo eran,
que en un mismo dia fueron atacados y
muertos una madre, y dos hijas doncellas,
en la calle del Chullo.

Y á medida que el mal creia, aumentaba

el rigor en las puertas, cuando el enemigo
estaba ya dentro de casa y el Rey había
enviado en comision para inquirir el estado
de la ciudad y atender a su remedio, al se-
ñor don Juan de Quijora, consejero de Cas-
illa y oidor de Granada, natural de esta ciu-
dad, el cual reunió en su casa a la junta
de salud, que la componian el corregidor viz-
conde de la Peña Parda, los veintimatro don
Luis Manuel y don Diego Fernandez de
Córdoba, el Miestre de Campo don Pe-
dro de Hugulo y los jurados Pedro
Garcia de Corquemada y Pedro Fer-
nandez Moreno. Ante ellos ocurrieron

1
Todos los médicos y cirujanos de la ciudad
y se les exigió, que, bajo juramento, cada cual
certificase y diese por escrito su opinion.

Como siempre, el Dr. Burgos sostuvo que
la epidemia reinaba ya en la ciudad y
que era menester medidas fuertes y extraor-
dinarias, si habia de atajarse. Oro, fuego
y castillo, dijo, es lo que á todos interesa: oro,
para preparar hospitales y mantenimientos
para los pobres: fuego, para quemar sin con-
sideracion ninguna cuanto á los apesadados
toque: castigo, para los que fatten á lo que
tocante á la salud se ordene. Necesario
es tambien* purificar el aire ambiente, con

fuegos, con pólvora, con estruendos, ruidos, clamores, músicas y toques de campanas y marchar inmediatamente el charcon o río verde, cuyas emanaciones continuamente están empujándonos (1) Pero contra la opinión de Buzgos, sostuvo el Doctor Vargas, al que se unieron los demás médicos, que la ciudad gozaba de salud, y que si bien es cierto que se notaban algunos casos de bubon, ni su corto número respetó a la población, ni su ter-

(1) Quemar el charcon y también río verde, a causa de las ollas, el foso lleno de agua que cubría el Altiplano para inutilizar aún más la acción de los gases que el S.^{to} Oficio guardaba. Durante la epidemia se murió, según anunció Buzgos.

mino, pues muchos eran curados, aconsejaban arrostrar los inconvenientes de declarar la ciudad asediada.

Si caso de llorar no fuera, de admiracion y risa seria, replicó Alonso de Bujoz, el ver que hay medicos que necesitan ver la ciudad destruida para declarar esta enfermedad por peste, y se persuadan de que el enemigo no está ya entre nosotros, porque no ven un gran número de enfermos y un infinito de muertos. Vosotros, añadió con exaltacion, habeis conocido la enfermedad, puesto que la habeis curados: vosotros que sois filósofos, sabeis el principio de que mas o menos muertos no va

ría la especie de la enfermedad, ni la naturaleza del agente; por qué, pues, viendo calamidades con todos los caracteres de pestilencia, os escusais de darle nombre? Si sabéis, como doctos que soy, que no solamente es menester la actividad del agente para que obre en uno ó muchos individuos, sino que es necesario además la aptitud y disposición para recibirle, y el agente es uno en todos los casos; qué razón tenéis para aguardar á que la ciudad se incendie y mueran la mayor parte de sus habitantes, para declarar la peste en ella? Si la enfermedad es de suyo comunicable, con uno solo que

la prudencia es suficiente para que declaremos la ciudad apostada. (1).

La ciencia no puede engañarnos, no; la conveniencia únicamente puede contenernos, el temor á la critica del vulgo necio, y el deseo de complacer la comun opinion; pero olvidais que el médico no tiene más que un juez, que es su conciencia; que toda autoridad que sobre él se ejerce, es tirana y que nuestro deber nos manda sostener la fe de

(1) Las palabras que en este párrafo ponemos en boca de Búrgos, son tomadas del cap. 5.º de su Tratado de la peste.

nuestra conviccion hasta el martirio por
ellas, si es preciso.

Lo que ^{VP} Vargas y sus compañeros con-
testaron, no ha llegado á nuestra noticia;
solo si sabemos que las encontradas certifi-
caciones de unos y otros fueron remitidas
á S. M. y que al despedir los médicos,
don Juan de Güngora, les previno que
bajo pena de la vida ninguno se ausen-
tara de la ciudad sin permiso de la jun-
ta.

Sin necesidad de ese requerimiento, dijo
Vargas al comisionado regio, los médicos
de Cordoba estamos resignados á morir

antes que con ignominia ponerlos en cobro.
«Y premio Dios muy de su mano, dice
el historiador que dijo, esta resolucion piadosa
de los médicos, pues aunque de día y no-
che incansablemente naufragaron en el peli-
gro, ninguno zozobró en la tormenta.»

Hoy un caso, mañana otro, el verano ha-
bia pasado, y a fin de Octubre de 1649
solo habia en el hospital de San Lázaro
que era el dispuesto para los heridos de
la peste, setenta enfermos; pero aun cuando he
dicho, hoy uno, mañana otro, debe enten-
derse, hoy una docena, mañana dos, pues
los muertos en los cinco meses se contaban

por cientos. La ciudad estaba contristada.
Los padres de las diez y ocho religiones que
entonces habia, metian, como suele decirse, los
corazones en un puño con sus exortaciones a
la penitencia. Todos los dias habia rogati-
vas y procesiones, en las que en mas de sus,
dice un testigo ocular, se contaron mas de
dos mil luces, y el resultado inmediato de
estas grandes reuniones era al dia siguiente,
continua el mismo testigo dar mayor ocu-
pacion a los que conducian las sillas.

Por que se habia ya dispuesto, que to-
dos los enfermos, pobre o rico, fueran con-
ducidos al hospital para lo cual ha-

hía número suficiente de sillas de mano,
que durante la noche los conducian, regan-
dose a' sus padres y hermanos el consuelo
de asistirles y dándoles a' ellos el pesar de
salir de sus casas, con la seguridad de no
volver a' ellas jamás, pues ni pocos ó nin-
gunos eran los que tenían la dicha de
volver a' pisarla.

A la disposición para el mal de los a-
nimos, se agregaba la que en las naturale-
zas se operaba con los preservativos que
los churlatanes y expedian y los medio-
sos inconsideradamente usaban; unos, lle-
vando sobre el corazon solimán en polvo,

que les producía úlceras corrosivas; otros, usando otros medicamentos, cuando no perjudiciales inútiles, y el pueblo atracándose de ajos crudos en ayunas, lo cual le predisponía á la calentura que al momento tomaba el carácter de la pesteñencia,

La epidemia, en tanto, pasaba sordamente toda la ciudad, sin poder decirse que se localizaba en ningún barrio, saltándolos todos de uno á otro y á veces desde los mas distantes, cuando, á primeros de Noviembre trajeron presos á unos gitanos y tras ellos vinieron sus mujeres á procurar su libertad, aposentándose ellas en el mesoncillo

de la Romana en la Corredera y en
los inmundos bodegones que rodeaban los
apartados portales de la plaza. Bien
fuera que los gitanos, gente bagabanda
que por todas partes andaba sin temer,
vinieran de juntos infestados, bien que la
suciedad de ellos y ellas, desarrollase el
mal en los sitios poco ventilados y apropi-
sito en que se les albergó, esto es lo cierto
que al día siguiente, la cárcel (1) y la
Corredera toda, como prende fuego en una

(1) La cárcel estaba ya en lo que hoy es sombre-
rina y alman de hora.

mies, se incendió y, comunicandose á la
calle Carnicerías y la Tenebrica, no quedó
una casa en que la peste no se cebara y
con tal fuerza, que, escribe un médico, que
llamado pasado algun tiempo á visitar
un joven de la calle Carnicerías como ve-
se que el hombre que se asistia estaba
denunciado apurado le preguntó la causa
y contestóle: No he de afligirme, señor, si
por ahí, señalando la puerta, he visto
salir para el cementerio á diez y seis de
mi familia^{pit.}? El pánico mas espantoso se
apoderó entonces de la ciudad.

11
Los que podian, tomaron el consejo de
Burgos⁽¹⁾ consejo que se puso en boca, y cu-
yo autor, aunque tarde, adquirió la conside-
racion que merecia por sus dotes. El buen
doctor apoyaba su consejo, en que los que se
van, decia, no se llevan su hacienda, y son
los regalones, pererrosos é inútiles para tra-
bajar y tratar del gobierno de la república

(1) Consejo de Burgos, se llamaba al ausentarse de la
ciudad, á causa de esta enarteta del Doctor.

Si consejo y parecer
es, que el que quiera librase
de la peste, salga luego
vaya lejos muerta tarde.

(2) Pág. 62 de su citada obra

(3) De que se seguia notable dano dice pag. 72 pero al dia siguiente
venian doble que trabajar las sillas y los ministros que conducian á los en-
fermos al hospital

y del hospital, y por otra parte, desfogan
la ciudad y, siendo menos el número, hay me-
nos materia en que se encienda el fuego (2)

No se seguían lo mismo sus advertencias,
respecto á que se prohibiesen las grandes
reuniones y todo lo que contribuyese á con-
tristar el ánimo, como las procesiones de
penitencia (3) y los sermones en los conventos
de frailes donde solo se oía hablar de la
justicia la imitación y la ira del Señor.
El Doctor Vargas, piadoso como buen
cordobés tenía una gran confianza en la
protección divina, y solo se contristaba al
considerar que nuestro especial custodio pa-

veía como si estuviera olvidado por sus
 protegidos, que después de los sueltos fa-
 vores que habían recibido de él en la
 epidemia de 1600 y 1602, llevaban casi me-
 dio siglo de paralización las obras de su
 iglesia especial, y en la ocasión presente no
 se había sacado su imagen cuando ha-
 bían salido en diferentes procesiones San
 Roque, la Virgen del Rosario, San Mi-
 guel, Santa Ana, el Cristo de la Vi-
 ra-Cruz, San Francisco el Cristo de
 la Misericordia, Santo Cristo de la
 Merced, San Eulogio, San José del
 Socorro, San Bernardo, San Sebastian

Santos Anselmo y Victoria, San Francisco de Paula, Niño Jesus y San Pedro Nolasco.

Oien que Dios ciega a' los que quiere perder y, verdaderamente, ciegos debian estar los cordobeses, cuando no depositaban toda su confianza en el que es medicina de Dios, ni recurrian a' su patrona la Fuente-santa de salud ni a' su conquistadora excelsa Maria Santisima de Linares.

El incendio de la corredera, Carnicerias y Trueusega se propago por toda la ciudad y el pánico como he dicho, se apodero de ella, al mismo tiempo que el desaliento pa-

ra luchar con la adversidad cindia. El Ayuntamiento no tenia recursos, los propios estaban empeñados y, para colmo de desgracia el caritativo obispo Don Fray Domingo Pimentel, que habia sido la providencia de los pobres, manteniendo durante un año a ocho mil personas dandole pan de trigo, segun el autor que ya he citado, a mas de otras cuantiosas limosnas, el caritativo Pimentel, repito, nombrado arzobispo de Sevilla, marchó a su nueva silla, aumentando la aflixion y el desconuelo.

Y la enfermedad, con espantosa furia, seguia hiriendo, y hubo dia en que se reu-

nieron 1500 enfermos sin los convalecientes,
en el hospital que ya lo constituian todas
las casas de la bamiada de la Puerta Nue-
va a mas de los hospitales de San Lázaro
San Anton, San Juan de Dios y el
Meson Pintado: hasta la misma iglesia de
San Sebastian estaba ocupada con camas, y
aun se continuaba sacando fuera de la ciudad
los apesados, y con mas rigor pues se publicó
un edicto por el que bajo pena de excomu-
nion mayor, se mandaba a los médicos cri-
dos y toda clase de personas el dar aviso de
la casa en donde hubiese enfermo, cualquiera
que fuese su condicion. Y no fiandose ya

1
de los encargados en que el Ayuntamiento
tenia, los mismos Veinticuatro se dividieron la
ciudad en cuarteles y en el momento en que
recibian aviso de un herido, pasaban a la
casa, y con su misma cama y ropa era tras-
ladado al hospital, y cuanto efectos conte-
nia la habitacion incluso las alhajas era
cargado en carros y llevado al molino de Lope
Garcia, cerca del cual estaba el quemadero, ce-
mandose la habitacion ya desmantelada cuya
llave se guardaba el caballero Veinticuatro.

Senores, espanta el leer la relacion de esa
peste, y en las alas de la imaginacion pros-
portarnos al periodo que vamos describir

do. Consideremos si quiera sea por un mo-
mento, la situacion de una familia numerosa
o pequeña, por que todo es relativo, que a me-
dida que sus individuos disminuyen, van per-
diendo habitaciones hasta quedar reducido a
las galerías, y que a la perdida de personas
queridas se agrega todo el mobiliario, con el
que, a parte del valor, se perdian objetos de
esos que todos miramos con tanta veneracion por
haber pertenecido a nuestros abuelos, y estar li-
gados con ellos tantos recuerdos de gloria y
felicidad, y a veces de horrorisima memoria.
Y los fugados no pasaban menos que los que
en la ciudad quedaban; los pueblos salvos de

la provincia, que lo eran todos menos Pal-
ma Posada y Espejo, trataban á los cor-
dobeses con la misma dureza que ellos ha-
bían tratado á los deudos, y llegó el caso has-
ta de rechazarlos á tiros, como sucedió en Bras-
sima; ¡aldea, dice indignado el historiador
de aquella peste, que la niega á la vista la
interposición de dos chaparras!

Y á medida que el mal se encrueldaba, natu-
ralmente crecía el terror, y nuestros piadosos
padres presas de él, no daban en sus corazones
lugar á la esperanza que de necesidad de-
bemos tener todos los cordobeses en nuestros es-
peciales protectores que, como he dicho, los te-

nian en completo olvido.

La ciudad de acuerdo con la emmandad de Jesus Nazareno cuyo hermano mayor era Don José de Valdegañas y Herrera, caballero Veinticuatro, del cual tendremos mucho que decir esta tarde, dispuso otra nueva procesion, que voy a describir, por que ella gráficamente determina las costumbres civiles y religiosas de aquel tiempo.

Cuatro días antes, la ilustre cofradia de Jesus Nazareno repartió con profusion una lujosa convocatoria en la que literalmente se leía: « La ciudad y cofradia de Jesus Nazareno han acordado sacar en procesion, por la salud comun,

el Santo Cristo, Viernes por la tarde, diez
y ocho de este presente mes de Febrero. Y su
Divina Majestad, convida a todos para
que, habiendo confesado y comulgado, le siga
cada uno con su cruz, disciplina, mortificación, o
le acompañe con una hacha o vela. Y para que
Dios nos oiga y se apiade de nosotros y use
de sus misericordias, se ha de volver a pregonar, con
nuevas y graves penas, la pragmática de los ju-
ramientos: y todos hemos de proponer no jurar
su Santísimo Nombre, que sea alabado y glo-
rificado en los cielos y en la tierra.
Esta determinación se puso en conocimiento
del señor Obispo, rogándole se sirviese im-

poner censuras, a fin de que la procesion no
fuera por otras calles que las señaladas, puestas
dos, y con especialidad las religiosas, quienes
pasase por donde tenian sus casas y conventos.
Amanecio' el dia 18, y desde muy de ma-
ñana llenaronse las iglesias de las parroquias
y conventos, y fueron tantos los que confesa-
ron y comulgaron, que llegaron a faltar for-
mas. A las doce, una muy lucida cabal-
gata salio' de la casa de la ciudad: de-
lante iban cuatro atabales y cuatro trom-
petas, seguia diez ministriles con sus almid-
nadas, zotas, sus negras ropas y sus juncos,
signo de su oficio, que eran la diversion de

los chicos, a causa de los colicólos que les ha-
cían dar sus mal quidados rosines; luego
venía el portero mayor de la ciudad mon-
tado en un caballo blanco como el ropon de
damasco que vestía y a su lado los Ma-
ceros con otro háge mas apropiado que el de
hoy, para montar, que consistía en una espe-
cie de dalmática galonada de oro, a manera
de la de los reyes de armas, llevando sobre el
pecho y brazos, bordados tambien con oro el
escudo de la ciudad de Cordoba. Detras
venia Su Señoría el Ayuntamiento, cuyos
Veinte y cuatro y Jurados llevaban puñfando
sus briosos corceles, y la mayor parte ostentaba

sobre sus jubones de terciopelo, las cruces de
San Tiago y Calatrava sinó oyera los co-
hetes, que me indican haber salido ya la
Virgen de Linares de su santuario digre-
sará un rato sobre lo que las fiestas y cere-
monias populares han perdido de perspectiva,
con las costumbres y los trages de nuestra edad;
pero no es posible, si he de concluir mi historia
antes de que la procesion nos la interrumpa.
Ahora, interin como un polvo, de cuyo arti-
culo el cólera nos tiene a dieta, pues por la
poca existencia no se permite vender en los es-
tancos mas que por menudo, pueden ustedes
remojár el oído ya que no tenga necesidad

de hacerlo con la palabra:

Al querer poner en práctica el consejo de don Alundio, nos hallamos con que don Sandila había dado fin de la vota, interin los demás escuchábamos, al principio con gusto, y ya casi con terror, la historia de la horrible peste que don Alundio continuó así. En medio del Ayuntamiento, cuando la calle lo permitia, y cuando no, delante de los jurados marchaba sobre un caballo negro como su capa y brío, el escribano mayor de la ciudad. Francisco Fernandez de Cañete, en cuyo mano derecha se veía un rollo, no se si de papel o de pergamino, y á su lado, á pie y

sombrero en mano, caminaba el pregonero.

Vistosa por demás estaba aquella cabalgata al bajar por la ancha calle de la Peña, contrastando las negras bayetas y estenuados rosines de los alguaciles, con los vivos colores de los atabaleros, trompetas y mareros, y los esplendidos trajes de los Veinte y cuatro, las ondulantes plumas de sus sombreros y sus poderosos caballos.

Llegados que hubieron á la puerta de San Francisco, los atabales y trompetas enardecieron los aires con sus sonidos, y á sus ecos fueron reuniéndose los buenos vecinos de las inmediaciones, tantos cuantos cupieron en la

calles y patio exterior del convento. Luego, tras
del entonces sacramental, escuchad y oíd, que
dio el escribano leyó con pausa, y el pregonero
á grandes voces repitió la Real pragmática de
12 de Abril de 1639, en que se marcaban las
penas en que incurrían los que juraran el san-
to nombre de Dios envano, y la de 3 de
Mayo de 1566, en que además de otras
penas se mandaba enclavar la lengua á los
blasfemos.

Concluido el pregon, siguió el bando por to-
das las calles que había de llevar la procesion
y despues que en las plazas y sitios de cos-
tumbre se publicaban las pragmáticas, pactos

Penitentes, preparados al intento, predicaban santa y fervorosamente, dice el historiador, contra el detestable vicio de jurar.

A la una de la tarde empezó a salir la procesion de la ermita de Jesus Nazareno. que entouces aun no era hospital. Primero venia la cruz de la parroquia de San Lorenzo y el pendon de la cofradia de damasco morado bordado de oro, luego contactas por diferentes curiosos en varios puntos de la carrera mil setecientos ochenta y seis devotos con hachas de cera; detras seisientos setenta y tres penitentes descabros, entre los cuales iban gran número de caballeros y gen-

14
te principal, interpolados con los mas humil-
des: de ellos unos llevaban cubiertos los rostros
y al aire las espaldas, sobre las que descar-
gaban de vez en cuando disciplinas de alam-
bre con pepinillos en las puntas, que hacian
correr y saltar la sangre en abundancia: o-
tros caminaban aspidos con barras de hierro;
otros en cruz con espadas en la mano, cuyas
puntas apoyaban en los costados, y los de-
mas cargados con enormes cruces de madera.
Luego venia la comunidad religiosa sin
orden de antigüedad, y la ilustre Cofradía
de Jesus, como el Viernes Santo, con sus
tunicas y capirotos rojos y sus certidores

de seda (1): detras la universidad de los Beneficiados con su cera, y cerrando la procesion la imagen de Jesus y el púlio morado con goteras y puntas de oro. Entonces esta cofradia no tenia las valiosas alhajas de hoy, la túnica del divino Nazareno era de damasco morado, orlada con un simple galon, sobre el cual no sabemos de que manera fueron esta inscripcion: Omnis turba quaerebat.

(1) Los antiguos estatutos de la Cofradia, mandaba llevar túnicas de lienzo rojo en memoria del color de la sangre de Cristo, en la procesion del Viernes Santo.

. cum tangere, quia virtus de illo exibat, et san-
 abat omnes. En la cruz pusieron esta obra:

Vera langores nostros ipse tulit, et Odores nostros ip-
 se portavit.

Debo de advertir, que aúas de las comunida-
 des, penitentes y número de hachas que he
 dicho iban gran muchedumbre con velas,
 que aun no habia salido Jesus de su capilla,
 cuando el fundon y la cruz de San Lorenzo
 que iban a la cabeza de la procesion, ya ha-
 bía pasado de la Catedral. (1) durante el

(1) Pág. 93 de la obra citada de Valmuela, impresa
 poco despues de estos meses.

pasó de la procesion, la comunidad de
San Agustín con su música estuvo can-
tando el miserere en su planuela, incorpo-
randose despues con las demas religiones.

Por la calle del Lodo, salió la procesion
a San Andres, cuyo clero parroquial,
con capa, la esperaba en el Realejo, con la
imagen de San Roque y su cofradia con
cera.

En la puerta de hierro del convento de
San Pablo esperaba la comunidad, y los
religiosos mas graves de ella, tomaron las
andas del Santo Cristo y lo llevaron has-
ta que salió de su demarcacion en las ca-

1
sas de Cabildo, Luego en lo alto de la calle
de la Seria, estaba la comunidad de San Fran-
cisco con preste y diaconos que condujo las an-
das hasta el arquillo de los balceteros, que
estaba cerca de la Cruz del Rastro. De
alli siguió la procesion por la Plateria, hoy par-
te de la calle Carrera del Puente y, atrave-
sando la Oficiencia, que entonces tenía paso,
entró por la puerta de Santa Catalina
en la iglesia Catedral.

Desde la Catedral, la procesion se dirigió a
San Pedro y al hospital de San Bar-
tolomé, donde llegó la noche y desde allí,
saliendo por la puerta Nueva, donde la

10

aguardaba la comunidad de San Juan de
Dios, con la imagen de su fundador. En
medio de estos frailes, y conducido por los Be-
neficiados y otros sacerdotes, salió Jesus al cam-
po de San Hutor. ¡Quién, señores, pudiera
tener pincel para poder pintar, ó al menos pa-
labras que expresáran aquel tiempo, al par que
imponente y aterrador espectáculo!

Figúrate una noche de Febrero de esas frías
y despejadas, en que ausente la luna brillan las
estrellas con fosfórica claridad, y que sin em-
bargo, no se veían eclipsadas por el gran
foco de luz que despedían mas de diez mil
velas y hachas, pues consta que las mujeres

y muchas personas que no iban en la procesion,
 la veian pasar con luces encendidas. Figuraos,
 ver como yo vio con los ojos del alma, trasportado por la voluntad a' aquel sitio, veinte mil
 personas arrodilladas, la imagen del Divino
 Nazareno agoviada con su cruz, caminando al
 parecer sobre sus cabezas a' visitar los hospita-
 les, y escuchar los gemidos y el llanto de la
 multitud, cuyo ruido el viento llevaba y tra-
 ia de un extremo al otro del campo, hasta pro-
 murrir en gritos que como si salieran de un
 solo pecho, decian; *Misericordia! Señor, mi-
 sericordia!* Nosotros prometimos no jurar tu
 santo nombre mas.

La procesion volvió á entrar en la ciudad, hasta cuyas puertas vino la comunidad é imagen de San Juan de Dios, y se dirigió á la parroquia de la Magdalena. Al llegar Jesus á la plazuela, silencio, silencio, se oyó por ambas filas, y esta orden que uadié-
do y todos repitieron, fue obedecida con religiosa exactitud.

Con permiso de Víctor Hugo, del silencio que se impone la multitud, no se desprende ningún ruido; hay un silencio superior al de la naturaleza, y es el silencio de la voluntad.

Sepulcral, solenne era el que reinaba en la plazuela; lo sereno de la noche hacia que

ni aun el chisporroteo de las hachas se escuchara: de pronto, voces al parecer de ángeles, sonaron en la altura; su canto era lígubre, pero dulce y melodioso: los seres que produción aquellos sonidos parecían estar entre el cielo y la tierra, y efectivamente en todos sentidos lo estaban, por que eran las religiosas de Santa Inés, que desde el mirador de su convento, entonaban el miserere.

Desde la Magdalena, pasando por las monjas de Santa María de Gracia, la procesion volvió á la plaza de San Agustín y desde allí á su ermita, donde entró la Imágen de Jesus á las ocho de la no-

che, siete horas despues de su salida. Poco
rato despues, las calles estaban desiertas.

¿Hay salud en vuestra casa?

¿Buenista voz? (1). Digeron casi simultánea-
mente dos sujetos que como suele decirse, se en-
contraron mangos a boca, al doblar en direccion
contraria la esquina de las calles Carruana
y Penseca.

¿Dónde va tan deprisa el gran maestro?

¿De donde viene el ilustre Veinte y cuatro?

(1) A tan lacónica fórmula habia reducido el
contagio la de los largos cumplidos de
la época.

Excusada es la pregunta, si me mirais el traje.

Los que así hablaban, eran uno, al que habian dado el nombre de maestro, un caballero o al menos tal lo parecia por su porte.

A la luz del farolillo que alumbraba el sauto que en la esquina habia, distinguíase, aunque con dificultad, por la sombra que las lenguas alas del sombrero proyectaban en su rostro, que era un hombre de 46 años: en sus pupilas, negras al parecer, brillaba la inspiracion, el genio: su color parecia ser moreno pálido, y el conjunto de su fisonomia, en que todas sus facciones

eran regulares, predisponia sin embargo mal; por que la bondad que se leia en su rostro, la manchaba cierto tinte de envidia, passion que debia hacerle padecer mucho, y era hija, seguramente, de sus dos condiciones de poeta y artista.

El otro, vestia una túnica de lienzo encarnado sujeta con una soga de jute, y en la cabeza un alto y puntiagudo capirote del color de la ruina. Levaba abaxado el antifaz, y por consiguiente descubierto el rostro, del que, por estar de espaldas a la luz, solo se distinguian por su blancura, el largo mostacho y la poblada punta: se adivinaba que

era un anciano vigoroso y robusto.

El Nazareno era el Vinte y cuatro Don José de Valdecanales y Herrera, y el otro, el pintor y poeta Antonio del Castillo y Saavedra.

Ya veo, dijo este, que como hermano mayor que sois de la Cofradia de Jesus, venis de la procesion que tan lucida habeis sacado esta tarde.

Y a la cual no habeis ido, y es extraño en vuestra religionidad, y devocion.

Quiereis, replicó el pintor Castillo, será tal vez extravagancia, y quien sabe si al gun escrupuloso dirá, juro en creer que esas

procesiones, esas penitencias y ese temor que en
Córdoba tenemos, son una perenne ofensa á
la misericordia infinita del Señor.

Callad ó bajad la voz, Castillo, que no es
bueno tener que liquidar cuentas con el
Santo Oficio.

Pues entonces también tendrá que ajustarlos
con su ^MIlustrísima, por que el Sr. Obispo es
de mi misma opinion y ya veis que el buen
señor es la sabiduría y la santidad en per
sona. Hasta en esto se demuestra la miseri
cordia de Dios con los cordobeses: quien ha
bí de decir que al caritativo Pimentel ha
bí de reemplazar un varon que no solo le

igualára, sino que si es posible, le escede en
saber, caridad y virtud, y es mucho hombre
D. Francisco de Capia!

Convenço con vos, en que la misericordia
del Señor que en todo se manifiesta en nues-
tra ciudad, se nos ha mostrado muy mu-
cho mandándonos tan santo y sabio Obispo.
Y sabéis que la Junta de salud ha sido
aumentada con S. J. con el Señor Don Es-
teban de Cervantes, administrador de Ha-
cienda de la Provincia, que es tambien una
segunda providencia, con su actividad y
buenos dotes. D. Diego de Campos Men-
dez, Presidente del Santo Tribunal y los

canónigos D. Antonio Ribero y D.
Martín de Crellana. Es verdaderamen-
te milagroso cuanto aquí sucede, Sr. Cas-
tilló: la muerte tiende por todas partes su
espantosa hoz; y en los carros que conducen las
gavillas que hace, se miran toda clase
de personas; pues bien, en medio de tanta
destrucción, ninguna de las dedicadas a ve-
lar por los menesterosos y servir al común,
ha parecido. Ni un individuo de la Jun-
ta ni un Veinte y cuatro, ni un jurado,
ni un médico ni cirujano ni siquiera uno
de los numerosos dependientes de la ciu-
dad, no solo no ha muerto, sino que ni

aun siquiera ha sido herido de la terrible peste que, ya no diezma, sino quina, es esta población desventurada...

Pero desventurada por su culpa, le interrumpió con exaltación Castillo que a su vez fué interrumpido por el ruido siniestro de unos acompasados pasos, que indicaban la conduccion de un cadáver.

Valdeañás y Castillo animáronse a la par, se quitaron el capirote y el sombrero, y devotamente encomendaron a Dios las almas que habían tenido los cadáveres que pasaban: por que no era uno como habían pensado, sino dos que conducían ocho jó-

venez alegres llenos de vida, que desem-
peñaba aquel servicio sin mas estímulo que
el de esa hermosa caridad cristiana que
tantos milagros produce.

Delante de aquellos cadáveres iban dos
hombres que llevaban un farol en la ma-
no, a la cintura un cepo para las lenguas
y sobre el pendiente al cuello con una cinta,
un medallón con marco de ébano, al parecer,
y que la oscuridad de la noche no permi-
tía distinguir lo que representaban. Ellos
y los que conducían los muertos vestían
túnicas moradas y eran conocidos por los
hermanos del Socorro.

Narrando el bando y la procesion, me ha-
bia olvidado de otros sucesos anteriores, y que
es necesario recordar como explicacion del
interrumpido dialogo del puitor Castillo
y Veinte y cuatro Valdecanas.

Ustedes recordaran que la procesion habia
sido el 18 de Febrero de 1650, en cuya noche
tenia lugar lo que voy refiriendo, y recordaran
igualmente, que dije el sentimiento que en Cor-
doba habia causado la traslacion a Se-
villa del Obispo Pimentel, cuya caridad i-
nagotable se dudaba tuviera igual, y sobre
la que se cantaba entonces en Cordoba
una copilla, que siento no recordar en

este instante. Pero así como tras lo malo
suele venir lo pésimo, también sucede, aunque
no con tanta frecuencia, que si lo bueno si-
ga lo mejor.

El nuevo Obispo D. Fr. Pedro de Cápua
había hecho su entrada en Córdoba de se-
creto el 9 de Diciembre, y su primer cui-
dado había sido visitar el hospital de S.
Lázaro y enterarse de las rentas y recursos
con que contaba, para el socorro de tanta
calamidad como pesaba sobre el pueblo.
Desconsolador era el estado de la mitra:
las arcas y graneros estaban vacíos, y los
amudadores y deudores morosos de los

pueblos, se prevaleian del pretesto de los cordones sanitarios para recibir á tiro los ejércitos que se despachaban contra ellos. Sin embargo de tanta penuria, S. Y. de acuerdo con el cabildo, señalaron á los hospitales 300. dinardos cada mes con 108 fanegas de trigo y todas las aves de las rentas de sus predios rusticos y urbanos.

Y como la enfermedad habia tomado ya tal incremento, y los recursos cada vez iban á ménos, se permitió que las personas que se consideraran con facultades suficientes para cuidarse con esmero, pudiesen curarse en sus casas. Esta disposicion si bien disminuyó el

trabajo de los conductores de las sillas, au-
mentó un servicio mas, y creó otro nuevo mo-
tivo de espanto, con la vista de los muertos,
que á todas horas atravesaban la ciudad,
hacinados en carros, aun personas de gran
valor, pues no había quien por ningún di-
nero quisiera ocuparse en conducir muertos.

Entonces fue, cuando la caridad cristiana,
proteó que tantos miles de familias toma, ins-
piró á diez jóvenes del pueblo uno, y de
principales casas, otros, la iba de consolar
á tantos corazones como el dolor desgarraba,
viendo conducir los restos de las perso-
nas que habían amado, como el labrador

1
portea los cerdos que degüella en los dias
de matanza. Esos jóvenes, pues vistieronse de
morado, tomaron el nombre de Nacarenos
del Socorro, y situados en el hospital de la
Corredera, acudian presurosos a donde quie-
ra que eran llamados, y sin exigir retribucion
ninguna practicaban la última de las o-
bras de misericordia, destinando las limos-
nas que querian darles, a reparar el hos-
pital y comprar una lámpara de plata, pa-
ra el altar de la Virgen, cuyo nombre ha-
bian tomado.

Cuando algun dia entren ustedes en la er-
mita del Socorro, al pie de el Santo Cristo

de talla, que se veuera en el altar de la capilla izquierda, verán dos medalloncitos con marcos negros, cuyas tablas no sé si de mérito, porque yo de pinturas no entiendo, representan una, el busto de Maria Santísima, y el otro el del Salvador. Esos medallones, si la tradición no engaña, son los que los Nazarenos llevaron durante la epidemia, y años después los demandantes de la hermandad.

Este señor, prosiguió D. Abundio, dirigiéndose á mi, me hará el obsequio, de volver á sacar el lixio, y apuntar los nombres de estos diez valientes soldados de Te

queristo, pues quiero los publique tam-
 bien La Crónica, que bien merecen de la
 patria, los que miran por su honor, y ellos
 evitaron, causase sobre nuestra ciudad, la no-
 ta de inhumanidad que pesa sobre otras.

Llamábanse: Antonio de Castro, Juan
 de Quiñones, Diego de Santiago, José
 Cerrillo de Cámara, Juan Lopez de Es-
 trada, Juan Lorenzo, Francisco Rajada,
 Pedro de Angulo, Juan Perez, y Juan
 de Rojas.

De ellos solo murieron, Juan Lorenzo,
 y Juan de Quiñones, mas de fatiga,
 por el exceso de trabajo, que del influjo del

contagio.

No cambiaría mi pincel, por el cetro de
ningun monarca, dijo Castillo, cuando hu-
bieron pasado los Nazarenos, que llevaban
los dos cadáveres camino del Camero, por
que ningun rey podría por si immortalizaros,
jóvenes valientes; yo prometo que las gene-
raciones sucesivas de esta ciudad, han de po-
der recordar vuestras fisonomias, mientras exis-
ta la iglesia, en que os reunis y la Virgen
por cuyo amor y obsequio os sacrificáis. (1)

(1) Los ocho hermanos del Socorro que escaparon de la epi-
demia, fueron retratados, con sus túnicas, al pie de un Santo
Cristo, en la antigua ermita. El cuadro existe en la capilla de
la derecha de la iglesia actual; pero una mano profanamente ig-
norante, ha convertido a los Nazarenos en ángeles del Pur-
gatorio.

Volviendo ahora a la conversacion interrumpida, decia, que Córdoba era desventurada por su culpa, y la razon en que me apoyo es, la poca fé que manifiesta en su guarda celestial, que ciertamente debiera estar indignada con sus protegidos, que tan ingratos se muestran.

Luego dirán, que soy fanático por mi divino arte, y tacharme de envidioso, por que celo su profanacion, y me indigna tanto el marmachista procaz, como lo prostituyen y enlodan. La pintura. D. José, es el arte de las artes, y el hombre que llega a poseer la inspiracion y genio de ella, es

el que mas se acerca a' Dios, y mas lo
imita; él como Dios, crea, aunque con la
limitacion de su naturaleza distinta.

Ahora, cuando me he detenido con vos,
iba a' registrar la arruinada casa del ve-
nerable Roelas, y los abandonados cimi-
entos y pilares de la nueva iglesia del Sa-
ramiento, cuyas obras hace tantos años, tene-
mos abandonadas. Quiero esta misma no-
che bosquejar un cuadro, cuya composicion
bulle aqui, en mi pensamiento, y en el cual
he de verter toda la hiel que tengo en
mi corazon: él sera' en los siglos venideros,
un padron de ignominia para mi ciudad.

1
natal; pero justificará al ménos la razón con
que, el Santo Arcángel, tiene abandonada
su custodia.

El cordobés Castillo, no ejecutará tal cosa,
dijo, con grave y reposado acento el Veinte y
cuatro, ni empleará su inspiración en desho-
nertar su noble patria, no; por ventura, ¿no sa-
beis que el miedo produce el vértigo, y qui-
ta la razón? Los pueblos, presa de temor, com-
eten las mismas faltas que los individuos de
quien se apodera: el miedo, señor Castillo,
el miedo es el que ofusca á nuestros paisanos,
y en la deshecha tormenta que corremos, les
hace dudar el derrotero único que conduce
+

al puerto de la salud. Puesto que esta
noche os sentis inspirado, volved á vuestra
casa, pero no á bosquejar ese cuadro, cuya
composicion deis bullia en vuestra mente, y
destinabais á servir de padron y vergüenza
de esta ciudad cuyo honor á todos nos per-
tenee. Volved á vuestra casa, si; pero que
sea para emplear el genio que teneis y que,
habiendo nacido aqui, debéis á nuestro An-
gel, en representar su figura arrogante, y
hermosa, respirando bondad y dulzura, un
Arcángel, en fin, que no halla cordobés, que
al verlo, no diga: Ahí lo habia soñado
yo: este es el que mi imaginacion veia am-

1
paramme en todas mis aflicciones.

Señor Castillo, los cordobeses todos so-
mos pintores y poetas, solo que Dios conce-
de o pocos la voluntad necesaria para mani-
festar esas disposiciones. Pasad por un taller,
id a una escuela, observad y vereis, que el chi-
co que no estudia, o el aprendiz que no tra-
baja, es por que pinta o prova en aquel mo-
mento: exponed uno de esos cuadros que son
magistralmente pintais, y no habra, observadlo,
menestral ni labrador que el instituto de lo
bello no le haga reconocer su merito, por mas
que su razon no se lo explique.

Al decir esto, es mi idea el que tengais

presente, que el cuadro que vais a pintar,
necesita de todo vuestro esmero. El será a-
preciado por un pueblo que, como he di-
cho, nace con el instinto de las bellas artes, y
en su imaginacion está grabada la imagen
que vuestro pincel debe copiar, consultando
la que en la vuestra, como cordobés, tendréis.
Pintad, Castillo, pintad: en vuestro cua-
dro haced que aparezca la ciudad repre-
sentada por su escudo, que ella premiará
vuestro trabajo; mi corazón me dice que el
San Rafael de Castillo, será un lienzo
que figure entre los de los mejores artistas,
y perpetúe vuestro nombre.

Que Dios y el Santo Arcángel os
protejan.

Don José, que ellos os guarden: voy á
seguir vuestro consejo, y mi pincel pasará al
lienzo, la imagen que el pintor y el poeta
cordobés lleva en su corazón.

Decís que ese cuadro perpetuara mi nom-
bre, ¡miserable condición humana! el tiem-
po alterará y borrará mi obra, y Dios sa-
be que manos se encargarán de renovarla (1)
¡Mi nombre! ¿quien sabe como llegará á

(1) El cuadro de Castillo, ha sido en nuestros días en-
cargada su restauración á manos que, por respeto
al Prímo arte, como decía su autor, debieron no po-
ner su pincel en él.

la posteridad? vivo es, y ya me llaman
envidioso; si lo fuera, no enseñaria con tan
to esmero a ese Valdés Leal, que habeis vi-
sto en mi estudio, y que si modera el génio,
será el mejor pintor de nuestro siglo, (2)

Adios, señor Castillo, dijo el Veinte y cua-
tro, adios, y pintad con fe: respecto a devo-
ciones, dejad que el tiempo y la iglesia, á
cuyo frente está persona tan docta y santa,
las hará marchar por donde deben, y

(2) Don Juan Valdés Leal, quiviera el pintor mas fecun-
do de aquel siglo, que era el de Murillo, fué discipulo de A.
del Castillo, y en la época de nuestra historia tenía 20
años, y es probable estuviera aun con el maestro.

sea la voluntad divina.

En seguida dióonse las manos. Castillo se volvió hácia el salvador, y Valdecanañas se entro' por un arco, que como el del Portillo, habia al finial de la Cuesta del Pailio.

Dice el historiador de aquella peste, que despues de la procesion que hemos descrito, se curó alguna mision, y la salud la reservó Dios, para quando mas conviniese al servicio y gloria suya.

Diez meses llevaba la ciudad de epidemia, y mas de catorce mil personas de ella, habian sido arrebatadas por la muerte. Como Valdecanañas habia dicho, la Providencia, en

sus impenetrables juicios habia dispuesto,
que para alivio de los menesterosos, ninguno
dellos encargado de velar por ellos sucum-
biese, y es admirable que en tan crecido nú-
mero de muertos, no se contase uno que mu-
riese sin los auxilios del arte y de la reli-
gion. Pero los médicos del alma, no fueron
tan afortunados como los profesores de la me-
dicina humana, ó Dios, cuyos juicios, nues-
tra limitada inteligencia no puede penetrar,
no quiso dejar para mas tarde el premio
eterno que reserva a los que, por espíritu
de caridad, se sacrifican en aras del deber, por
el bien de sus semejantes.

Dije al principiar mi narracion, que no habia una clase mas sahuida y calumniada que la médica, olvidando en aquel momento el sacerdocio. El sacerdote, y con especialidad el Párroco, no se sabe, no, lo que vale ni puede apreciarse, sino cuando llega una calamidad; y sin embargo, sus servicios, ni antes ni despues del peligro se agradecen; han cumplido con su obligacion. Eso decimos, los egoistas, que no somos capaces de imitarlos.

Oce Rectores murieron, de los que tres fueron de la parroquia de la Merced, dos de S. Lorenzo, dos de Santo Domingo, los de San Andrés, S. Nicolás de la Villa,

San Pedro, Sagrario y Santa Mari-
na.

Llamábanse los Licenciados, Pedro Gon-
zalez de la Riva, Andrés Giraldes, Fran-
cisco Muñoz, Don Luis de la Culla,
Pedro Ruiz de Aquilera. Bartolome' San-
chez del Pozo. Francisco de Camasquilla,
Andrés de la Oliva, Andrés Barrero,
Antonio de Galarza, Juan Moreno de
Alcantara y Pedro Martir de Salinas,
Recordemos sus nombres, ya que no podamos
inmortalizarlos.

No fueron solo estos obreros de la Viña del
Señor, los que parecieron murieron Pau-

bien auxiliando enfermos, tres capellanes del
Coro de la Catedral, y setenta y tres frailes,
de los cuales doce fueron de San Francisco, cu-
yo convento ayudaba en la Parroquia de la
Hijerquia, que fue la mas castigada y la
que, como he dicho, durante la epidemia mudó
tres veces de Rector.

Tantos males y tan largos, iban ya abatién-
do el ánimo aun de los mas valientes, y agotados
todos los recursos, no se veia en lo hu-
mano su remedio. La emigracion aumentaba
a lueuentas y cortijos, pues en ningun pueblo
se admitian los fugitivos, y urgia contener la
de los poderosos, reanimar los decaidos espíritus

y estimular la caridad y la fe; esas dos
palancas del cristianismo, capaces de trastornar
el mundo sin necesidad de apoyo fuera de él.
La caridad y la fe eran las dos virtudes que
sobresalían de las mil que adornaban al Obis-
po D. Fr. Pedro de Espinosa, virtudes que, por
lo mismo que son tan necesarias al hombre,
ha permitido Dios que se comuniquen, se pe-
guen, que sean, por decirlo así, contagiosas,
si la palabra contagio, no se hubiera reserva-
do para la comunicacion de lo malo única-
mente. Su Ilustrísima comprendió el pue-
blo grande y generoso que la Providencia
había puesto a su cuidado, conoció que

nuestra ciudad, no necesitaba mas que impulso para desarrollar sus fuerzas, y él se encargó de darselo.

Para su grande ánimo, no había obstáculos que la voluntad no removiera: no tenía, pero pidió prestado y socorrió los hospitales con cien carneros, y porción de vituallas, y ofreció á devotos de lo que ya daba, contribuir á su sostenimiento con mil ducados mensuales durante la calamidad (1) Dado el ejem-

(1) Es extraño que el doctor Bragg, no hable de este aguafuero en su Catálogo de Obispos. Valmuela, pág. 23, dice «ofreció socorrer el hospital con mil ducados cada mes: ejecutado esto con tanta puntualidad, como se vio, y buscado, como se hallan los dineros, en un tiempo en que cada mes se hacia fuerte con el que tenía.»

ple, la excitacion no se hizo esperar.

El sabio Capia pertenecía al orden de Santo Domingo, que por abenomeria, se llamaba de Predicadores, y su fama del pulpito habia, al par que sus virtudes, contribuido á su elevacion. Su voz en la cátedra del Espiritu Santo, no habia sido escuchada aun por su rebaño que, al saber que iba á dirigijela, acudio presuroso á escuchar en venerable pastor.

Usted, señor Don Zoilo, dijo Don Albu-
dio, dirigiendose á uno de los retirados de
nuestra tertulia, - puede mejor quizá que
estos señores, comprender lo que entusiasmo

y commueve la voz del general valiente, que manda hacer lo que todos los soldados saben que él es capaz de ejecutar. Las interminables naves de nuestra árabe basilica, estaban llenas del apinado pueblo, que escuchaba con el más profundo silencio la voz de aquel anciano, que se extendia por todos los ámbitos del templo, cual si saliera de un pecho, en toda la fuerza de su juventud.

¿Adonde, adonde ireis, cristianos cobardes, decía el pastor evangélico, adonde huireis del peligro, que no alcance a vosotros la mano del Señor! Por ventura ¿a qué hemos veni-

do al mundo? La vida, milicia es, dicen
los libros santos: para combatir y morir
únicamente estamos en la tierra. Miedo
estériles no alcanzan, no la misericordia divi-
na. Si creéis que esta calamidad es un
castigo merecido por nuestras culpas, que
la penitencia y la caridad nos limpien
a los ojos del Señor; pero que nuestras pe-
nitencias sean útiles, lo mismo a nosotros que
a nuestros hermanos que padecen. Mor-
tifiqueemos nuestra cobardía y avaricia, com-
emos a los hospitales, sirvamos con nuestras
personas a los que sufren, y acudámosles
con nuestros bienes, sin mirar lo que de no

soloj será mañana! no es cristiano el que
piensa en mañana, que no sabe si vivirá,
cuando hoy mira en su puerta desfallecer
los pobres. Por nuestra parte, cuando el crí-
dito nos falte, pues los recursos han concluido
ya, daremos para el socorro de los pobres, la
plata de las sacristías, hasta dejar solo el
cáliz para la consagración. (1)

En seguida exorto á la paciencia que el cris-
tiano debe tener en las tribulaciones, y á la
confianza que debia tenerse en la miseri-
cordia, atributo de Dios, que así como la

(1) Valenzuela, pag. 38.

bondad nunca pronunciámos sin agregarle el infinito. Sus palabras llevaron á todos los corazones la confianza y el valor, y desde aquel día empezó una nueva era, honra de aquella generacion, y galardón de nuestra ciudad, cuyas clases rivalizaron en abnegacion y caridad. Digamos como empieza la relacion de esta parte, el autor tantas veces citado.

«Digo, pues, que el mismo horror, y por mejor decirlo, nuestro desengaño, despertó y acordó nueva vereda y camino, para mitigar la justa indignacion de Dios nuestro Señor; esta fué, resignarse con su

voluntad, y pensar que los bienes tempo-
rales son partitibles, y que ninguno tiene
mas en ellos, que la administracion; con
esta suposicion, tan cierta como evidente, los
vecinos de esta ciudad (siempre augusta, no-
bilísima siempre, en cuyo elogio quedará cer-
ta la mas elevada pluma y el mas eleva-
do discuir), ponen, pues, todo su cuidado en
socorrer sus enfermos, cargando la considera-
cion en que no les falten cosa alguna, que
pueda serles de alivio y regalo en su aflic-
cion, sin que para esto fuere menester amo-
nestacion alguna, ni vejacion, ni repanti-
miento, ni el imperio de la justicia; ellos

mismos, llevados de su voluntad y obligacion, se resignan en favorecer sus pobres, &c., Mas adelante, dice, hablando de los cuantiosos donativos y la esplendidez con que se conducian, lo siguiente: « Prevengo al que leyere, que lo que escribo es verdad, y que lo profeso. » Y efectivamente, autentica debe ser toda su relacion escrita y publicada el año siguiente de 1651, en la que, en todas las licencias que la proceden, padres graves y personas de autoridad, testifican la certeza de ella.

Como decia, la caridad de su Ilustrisima, dando ejemplo, y su ardiente fue'co-

minicando á sus ovejas la confianza y el valor que en su alma había, dieron nuevo giro á la opinion y costumbre del pueblo! El obispo prohibió las procesiones de penitencia y los sermones, con tanto rigor, que hasta la del Corpus no salió de los patios; publicó un edicto dispensando la Cuaresma, y su caridad y fe, secundada admirablemente, dieron los resultados que oirán.

En primer lugar, todos los ausentes facilitaron sus graneros y despensas, y remitiéron cuantas aves y combustibles pudieron, y todo el mundo, sin acordarse de lo que su-

cedería mañana, sacó al mercado sus frutos y productos, bajando en su consecuencia los valores de todos, de tal modo, que una gallina que al principio costaba 16 reales, se vendía por cinco ó seis. En cada parroquia se organizó una comision de auxilios que los chicos se encargaban de recoger y llevar á los depósitos, para luego ser conducidos al hospital, de la manera que diré: las señoras hacian hilas y vendajes, de las que había un gran consumo, y en coser vestidos para los pobres, pues al que salia del hospital, se le quemaban las ropas con que entraban en él: dejáronse de ver muertos

por las calles, pues en vez de tener al hospital, los enfermos de todas clases, al sentir los primeros síntomas, iban a él por su mismo pie, y eran cuidados como no pudieran estarlo en ninguna parte, y además vestido el que escapaba: la penitencia iba siempre unida a la caridad, y los votos eran todos de dar limosnas y asistir enfermos un tiempo determinado, lo que hacía que siempre tuvieran el hospital servidores solícitos para todas las operaciones. Al temor de la muerte había sucedido la conformidad cristiana, y por todas partes no se oía mas que: hágase la voluntad de Dios.

Entonces, con la calma de un pueblo valiente, al que la muerte no amilana ya, se combatió la enfermedad y la miseria á un tiempo, y cada cual esperó en su puesto, firme en él, la hora de morir: hora en que se pensaba con mas fruto, pues en este periodo de confianza y valor fué cuando se otorgaron mas testamentos que durante todo el contagio: la fé cristiana es enemiga de la imprevisión, ella enseña á no temer la muerte, pero no á despreciarla.

La serenidad de los ánimos, como el Veinte y cuatro Valdecañas había asegurado, hizo venir la devoción de los cor-

1
dobres a su verdadero cauce, y el Santo
Custodio y sus inmemorables Patronos, a-
trajeron a si todos los pensamientos: si el San-
to Arcángel escucho o no las súplicas de su
pueblo, las demostraciones de gratitud que es-
te hizo, pasada la calamidad, responderán
por mí.

Seguindo la historia, que no se si podré
concluir, pues los cohetes suenan ya muy cerca,
diré que, como la caridad acude a toda ne-
cesidad, o la de espansion que el pueblo sen-
tía, auxilió con la creacion de fiestas que
cun tiempo servirán de estímulo a los sen-
timientos generosos, alhagaban un legítimo

orgullo humanado con la devoción y la
piedad. Consistían en las, llamaré demos-
traciones, con que cada parroquia llevaba
al hospital los donativos. Como muestra, y
en la imposibilidad de referirlas todas, re-
cordaré la del Sagrario.

Delante iba un trompeta á caballo con
una bandera carmesí y en ella un escudo do-
rado con la insignia y armas de la cofra-
día del Santísimo Sacramento.

Luego catorce carretas de liná de olivo y enei-
na y otras dos de romero, adornadas con mul-
titud de banderolas de diferentes colores, y los
bueyes que las conducían, con collares de cam-

panallas, frontales bordados y grinaldas de flores en las astas.

Detras, seis caballos tan adornados de frontales, plumas y cintas, dice el autor, como si fueran a un juego de cañas, y con ellos una hermosa recua de acémilas, con lujosos aparejos, conduciendo ciento cuarenta fanegas de trigo.

Seguian ciento dos carneros, guiados por tres mansos, a quien las monjas de la Encarnacion habian adornado con tal profusion de lazos y flores, que apenas se descubria el color de sus vellones.

Luego, cincuenta y dos gallegos, conduciendo

doce tocinos grandes y cuarenta esportones
de pan, en que iban dos cahices de trigo.

Detrás de las carretas y acémilas cuadri-
pedas y vipedas, venia el estandarte de San
Sebastián, que conducian tres capellanes de
S. M. y portado por los feligreses en ca-
nastos y canastillas de mimbre blanca y de
colores:

24 arrobas de pasas moriscas.

6 de almendra fina.

10 pilones de orizca, que pesaron 13 arrobas.

1 fanega y media del alhucema.

3000. lincochos.

300 huevos.

12 docenas de platos blancos.

12 idem de taras.

12 de jantay de dos asas.

Detras venia una cama compuesta, y en
salvillas 80 camisas.

Luego, conducido por sacerdotes y religiosos,
cubiertos grandes azafates de hilas y ven-
das, y otro, aun mayor, lleno de escapularios
negros y blancos de San Benito y San
Bernardo, protectores contra el contagio.

A esta ostentacion y lijosa muestra de la
caridad de la feligresia, seguian tres sacer-
dotes, capellanes de coro, con el rico quion de
la cofradia del Santisimo, cuyos hermanos,

en número de ciento y cincuenta, con cirios, conducian las Imágenes de San Bernardo y San Sebastian.

Luego, la numerosa orquesta y capilla de la Catedral y, finalmente, sobre unas lujosas andas cubiertas de terciopelo carmesí con bordados y guarniciones de brocado blanco, la joya que el Obispo don Antonio Paros, donara a la Catedral, el Santo Cristo del Punto, a quien seguía su diputado el canónico Maestreuela don Francisco Antonio Batuelo, y los titulos parroquianos, llevando las varas de un rico palio de damasco blanco.

Las demás parroquias, con poca diferencia,
hicieron lo mismo; por lo que, despues diré el
total de sus limosnas. Por donde quiera que
estas procesiones pasaban, se recibian con re-
piques, cohetes y gritos de júbilo; se colga-
ban las calles del tránsito, y reinaba la a-
legria que podía reunir, donde no había fa-
milia que no tubiera á quien sentir.

El total de las limosnas que en especie di-
ron los vecinos de Córdoba para el socorro
de sus hermanos, fueron: 2088 fanegas de trigo,
568 caminos de pan, 1056 carneros, 851 ga-
llinas, 22 vacas, 26 jamones, 36 fanegas de
garbanzos, 19 idem de alhucema, 164 arrobas

de pasas, 91 de almendra, 220 de vino, 36
de jabon, 25 de azúcar, 2 de miel, 12 cargas
de aceite, 23 de naranjas. 20 de limones, 363
de leña, 92 de romero, 6 quitones, 2940 grana-
das, 118 melones, 28,471 huevos, 860 salvillas
de hilos, 566 de bizcochos, todos los que ade-
más se gastaron en los hospitales, los hicieron
las monjas de Santa Marta.

Los donativos de ropas consistieron en
3255 vestidos completos de hombre.

571 idem de mujer.

253 camisas de hombre.

835 de mujer.

426 pares de medias.

525 de zapatos.

22 sombreros.

149

No incluyo por no hacer interminable la relacion, los utensilios y prendas sueltas que se donaron, ni efectos destinados a la comodidad y regalo de los enfermos convalecientes, dulces y frutas de sarten y secas, para sus postres.

Al hacer el autor relacion por parroquias y corporaciones, encontramos en una « un es-
porton con 30 homazos (parse por ninera,
piadosa.)

Los gastos del hospital, desde su instalacion hasta la publicacion de la salud, ascendieron a mas de ochenta mil ducados: respetable cantidad, y mas si se atiende a que

los mas de los servicios se hacian gratuitamente, y que en vista de que en solo seis dias se habian gastado 2.213 rs en medicina, se establecio una botica por cuenta de la ciudad, que sirvió gratuitamente, con su persona y alquitares, alambiques, peroles y demas instrumentos, Diego Ramirez.

Entre las muchas personas que se distinguieron por su caridad, merecen citarse Andres del Castillo y Leon, vecino de la Ajmeria, que mandó cinco camaz al hospital, y las sostuvo con seis reales diarios cada una, durante la enfermedad.

Cristobal de Vargas, que a su costa, con el

15
mayor lucimiento, llevó con sus amigos y
parientes la primer procesion de socorro, y ofre-
ció su persona á la junta, siendo continuamen-
te empleado y sirviendo con el mayor celo y
actividad en quantas comisiones se le encar-
garen. Jacinto de Cidea, maestro sastre, que
buscó de limosnas los géneros, y cosió ochenta
vestidos, y arregló los que se le daban á los
convalecientes, cuyo hospital asistía. Comió á
deuaj á su cargo el recoger los huérfanos y
repartirlos entre la nobleza, que por ex-
tencion del veinte y cuatro Valdeuana, ad-
quirió con la ciudad este compromiso. El
estudiante Juan Prior, que recogía limos-

na por las calles, y finalmente. Francisco de la Cruz Velasco, encargado de la convalescencia que, asistiendo enfermos, perdió a su hija, yerno y nietos.

Distinguiéronse tambien por sus disposiciones y asiduidad en el gobierno durante el contagio, don Estevan de Carrantes, Superintendente de Rentas, y los Veinte y Cuatro don Juan de los Rios Castillejo, don Alonso de Flores, el Cuanto, don Alonso de Armenta, don Andrés de la Cerda, y el piadoso don José de Valdeaván y Herrera.

No debo de olvidar tampoco, a Fr.

Juan San Miguel, carmelita; Fr. Comas Jimenez, dominico; Fr. Francisco de Rúa, trinitario, y Fr. Comas Cerones, francisco, que no salieron del hospital mientras duró el contagio, y de los cuales solo murió el último, de una terciana perniciosa, enfermedad en que degeneró la epidemia y de la cual no se libró ninguno de los fugitivos, pues todos al volver padecieron las tercianas, y sucumbieron bastantes de ellas.

Al llegar aquí don Abundio, observamos que todos los que como nosotros reposaban a la orilla del arroyo, ó por aquellas laderas se levantaban, y se dirigian a la nueva ca-

metra de Estremadura, por el punto que te-
nían mas cerca.

Entonces miramos a' lo mas alto del camino,
y quedamos agradablemente sorprendidos
con el espectáculo que teníamos ante noso-
tros.

Por todas partes, agitando sombreros y pa-
ñuelos, corrían hombres, mugeres y chiquillos,
unos saliendo del fondo de la quebrada,
otros bajando de los vericuetos, y todos a' cuan-
to podían correr, escalando o descendiendo.
a la cuesta del Majano, a' cuyo final, en
ordenadas hileras, veíanse las cofradías de
Belen y Pastores y Nuestra Señora de

Quineros, con cirios faroles, quiones y estandartes, y sobre todas aquellas cabezas, descollando la imagen de la Virgen, delante de la que, la oportuna y convenientemente restaurada estatua del Santo Rey marchaba espada en mano, y parecia que al frente de sus huestes, venia de nuevo a dar la posesion de la ciudad a su exelsa Conquistadora.

Señores, dijo don Abundio poniéndose de pie; como temia, ya no pudo terminar la historia de la peste, a que, debió su origen el celebrado cuadro de Castillo: peste que cesó en el momento en que los

cordobeses, ciegos hasta entonces, volvieron su
devocion a su yielito Custodio, y se hicie-
ron dignos de su amparo por su cari-
dad, abnegacion, valor y confianza en él.
Vea usted don Sisenerando, vea, como la pes-
te que usted nos presentaba como una prue-
ba de su poca confianza en la guarda del
Santo Custodio, lo es, y la mas cumplida,
de lo poderoso de su intercesion. Y que su
amparo se vió palpable, en el momento que
la ciudad recurrió a él con fe, lo tenemos en
las grandes muestras de gratitud que los
cordobeses hicieron pasada aquella calami-
dad. Ellos solicitaron y obtuvieron de la

1
Santa Sede, la concesion de un voto pro-
pio para el dia de la Aparicion, bula
que fue celebrada en Córdoba con lujo y
pompas inusitadas: ellos colocaron en me-
dio del puente, enfrente del hoy ruinoso hu-
milladero de los Mártires la dorada es-
tatuá del Arcángel, como el mejor cordon
sanitario, como la puerta mejor para impe-
dir la entrada por el camino de los Puer-
tos, por donde siempre han venido y vienen
los contagios. Ellos, en fin, activaron enton-
ces las abandonadas obras, de esa hermo-
sa iglesia, que conocemos y distinguimos con
el nombre del Duramento; y llenos del santo

y legitimo orgullo de su singular amparo
fijaron carteles de reto en todos los pueblos de
Andalucia, á fin de que los vates de ella,
vivieran á combatir con los nuestros en la ma-
yor Justa literaria que ha presenciado nues-
tra ciudad, con el unico objeto de cantar las
glorias de su Custodio y la gratitud de sus
hijos, para lo cual se señalaron diez puntos,
y se otorgaron treinta y un premios, pues los
hubo hasta para la composicion que re-
sultase mas mala.

¡Don Ligenando! ¡don Ligenando! aquí
en esta ciudad cristiana y valiente, no mue-
ven de epidemia mas que sus malos hijos;

los cobardes, los que no tienen fe, los que dudando del poder de los Exorcismos que Dios nos ha concedido, ofenden su misericordia infinita desconfiando de ella.

Don Liguando que, como dijimos, había dado fin de la bota, y estaba ya con una soberana Purca, escuchaba á don Abundio con ojos espantados: de pronto volvió la cabeza y, viendo la procesion cerca del puente nuevo de Pedroche, abrió los brazos, y puesto de rodillas, llorando como un becerro, exclamó:

Señor don Lope de Títero señor Obispo de Osma, confesadme y absolveme. Rey Fernando, no entreis en Córdoba sin au-

Les atravésame con esa tajadora espada
que blándis: yo quiero morir al filo de
ella, mejor que de eso que dice don Al-
bando mata á los cordobeses malos: sino
me creéis digno de morir por vuestra ma-
no soberana, ordenádlo al caballero Me-
neses que vá con vuestra real bandera, ó
sino á Muñoz, ó Zafar, ó Argote, ó
Perez de Castro, á quince ve rodearos, ar-
mado de lanças y pantesanas: que ellos
me maten mejor que aquellos.

En vano fuignabamos por convencer á don
Sisenando que aquella era la efígie de
Fernando III y no su persona: que el

Obispo de Osmá no era sino un ilustra-
do Canónigo que, teniendo como tiene dis-
posicion y medios, pudiera escribirnos una
historia de la Virgen y Santuario de
Linares, que precisamente tendría que ser,
como hija de su talento y de su fe: que
don Lope de ^{Seg} Pílera, era un simpático e
instruido orador sagrado, tambien cofrade
ferrocioso, y que todos aquellos que él creía
gauadotes, no era sino hermanos de Lina-
res y Belén, y la bandera, lanzas y par-
tesanas, el gíon, los cirios y los faroles de
las cofradías.

Viendo que no podíamos ni convencerlo,

ni haerle callar, lo llevamos al proximo
molino, en el que lo encerramos, mientras sa-
liamos al camino a' ver la Virgen. Mien-
tras pasaba, supliqué a don Alundio
nos dijese el resultado de la conversacion del
Veinte y cuatro Valdecanales y el pintor
Castillo.

Seré breve, dijo: Castillo, como ofreció,
trasladó al lienzo la imagen del An-
gel, que, como cordobés, en su corazon
de artista y en su imaginacion de poeta
llevaba grabada. La obra de la inspi-
racion y el génio, no puede hoy ju-
garse por lo que es ese cuadro, que fin-

celes adocenados y sin conciencia han profanado. Valdeuñas quiso pagar espléndidamente a' Castillo su trabajo pero el pintor no quiso recibir por el dinero alguno: durante la epidemia, había ofrecido al Custodio regalar su imagen a' la ciudad, y esta, por excitación del tantas veces nombrado don José Valdecanales y Herrera, acordó colocar el cuadro en la escalera del Ayuntamiento, para perpetuar el milagro de que durante la terrible peste del 1650, ni Veinte y cuatro, ni Murados, ni servidor ninguno de aquella casa, había muerto ni padecido

el contagio

Si ustedes continuó don Abundio bajando la voz y acercandonos así como el que va á decir un secreto, conocen algun Concejal ó empleado del Municipio que tenga á eso que andacerca, digan les de mi parte: nuestros piadosos padres que en si mismos experimentaron el amparo de S.^a Rafael, pusieron su imagen en ese sitio para que dijera á las generaciones que habian de venir: Yo soy el protector de los piadosos, de los contritos y de los valientes que trabajan y velan por mi ciudad. No temed enfermedad ninguna, que yo soy LA MEDICINA DE DIOS.



